

Julio Inverso

FALSAS CRIATURAS

Diario de un agonizante
Vidas suntuosas

TOMO I



Vintén Editor

1



JULIO INVERSO

Julio Inverso, nació en Montevideo, el 11 de abril de 1963. La vocación de escritor lo hizo abandonar la carrera de Medicina cuando estaba próximo a recibirse. Hasta el momento del fallecimiento (1999), llevaba publicados cuatro libros: *FALSAS CRIATURAS* (1992), *AGUA SALVAJE* (1995), *MILIBARES DE LA TORMENTA* (1996) y *MÁS LECCIONES PARA CAMINAR POR LONDRES* (1999). Su acción poética, antes que su escritura como tal, lo había llevado al conocimiento del público juvenil de los años ochenta, por la autoría intelectual de los graffiti sobre las paredes montevideanas —tomados de poetas románticos o surrealistas— y firmados como «Brigada Tristán Tzara». En vida obtuvo el Primer Premio de la Intendencia Municipal de Montevideo con «Vidas suntuosas» (cuyo original probablemente corresponda al año 1993) en la categoría de Narrativa, y del Ministerio de Educación y Cultura en el año 2000, luego de su muerte acaecida el 7 de octubre de 1999, y en igual categoría. «Diario de un agonizante» (1995) recibió del mismo Ministerio y en el mismo año una mención.

Julio Inverso

FALSAS CRIATURAS

**Diario de un agonizante
y Vidas suntuosas**

*

TOMO I

Daymán Cabrera:
apuntes del editor



Vintén Editor

3

Oleo de Tapa: «Giocondo»
de Damián Ibarguren Gauthier

© Vintén Editor

Con la autorización:

© Myriam Cueto

Colaboró en la composición:

Gastón Listre

ISBN 9974-570-92-1

Depósito Legal: 333.037/04

Impreso en Impresora de los Pocitos

Hocquart 1771 - Tel. 209 02 23

Primera edición: setiembre de 2004

Montevideo - Uruguay

4

MÁS LECCIONES PARA LEER A JULIO INVERSO

«... Morgan veía lo que no debía verse. Lo insólito en lo insólito, lo maravilloso, lo instantáneo, las guiñadas de los dioses, las músicas en la otra esquina de la calle, los golpes de su sangre en sus sienas. Morgan cantó todo esto y dejó testimonios de su experiencia de poeta alquimista...»

Julio Inverso

VIDAS SUNTUOSAS

Julio Inverso pertenece a la generación de poetas que militaron contra la dictadura cívico-militar y que se formaron en aquella paz cuartelera, formulada en el expresivo lenguaje militar “lo que está quieto se pinta y lo que se mueve se arresta”.

De las lecturas que formaron su vocación poética dan cuenta los extensos capítulos autobiográficos que aparecen reiteradamente en estos poemas en prosa que hoy publico. La mención a la circunstancia política quiere indicar solamente, y una vez más, la relación estrecha de sus puntos de vista con la historia que estaba viviendo, aunque posteriormente, esa misma historia no le produjera idéntico interés a pocos años de distancia, mientras profundizaba la implementación de su sensibilidad, como además de desplante contra la modorra posdictatorial.

Inverso se define en el libro de Miguel Angel Campodónico «URUGUAYOS POR SU NOMBRE», secamente, como escritor; cuestión que nadie dudará, o dactilógrafo, mejor dicho, porque sus originales están mecanografiados y raramente corregidos, cuando en realidad es un poeta que se expresa fundamentalmente mediante la prosa y escasamente en versos.

Es cierto que su obra muestra que vivía acosado e incomprendido. Sus visiones nunca cuadraron con la realidad inmediata, la que se puede presenciar desde el ómnibus o en el almacén, al contrario, él es cronista de los estragos que ese mismo mundo le causaba sin cesar.

Su arte tampoco es mero reflejo de aquella historia reciente y cuyo relato aún no había ni siquiera comenzado, es mucho más; es la adopción definitiva de la sustancia de su propio ser que le reclama la representación inmediata de su mente en toda su vastedad y todos sus vericuetos. Su poesía nace antes que las palabras con las que intenta formularla, nace de una distorsión sistemática de la inteligencia aplicada a los datos que le suministran los sentidos.

Sus prosas más tempranas publicadas en «FALSAS CRIATURAS» atestiguan el telón de fondo militar, represivo, — que está por detrás de su obra y la sostiene en lo que tiene de permanente alegato antiautoritario— aparte de ocuparse de los militares sarcásticamente en unos cuantos pasajes de su obra.

Y de igual manera la influencia de su saber profesional, sus conocimientos médicos y fisiológicos quedan reflejados en otros tantos párrafos de sus narraciones, dándole al detalle descriptivo una precisión milimétrica. Me animo a decir que su poesía está orientada por ese íntimo conocimiento de la materia humana, y en particular, la vía a través de la cual producir lo efectos buscados, con absoluta impunidad.

El suicidio de Julio Inverso me hizo sentir doblemente perplejo, por la propia persona de él, y por el legado directo del libro «MÁS LECCIONES PARA CAMINAR POR LONDRES», que acababa de publicar, con la tinta fresca todavía. Ambos, autor y obra desaparecían ante mí por una inesperada pirueta del destino. Él, por lo imprevisible de la decisión, y el libro, porque volaba de mis manos gratuitamente, como mínimo gesto de similar desprendimiento que el poeta.

Tenía en aquel entonces en mis manos por casualidad su libro póstumo —de la misma manera que había tenido el primero. No era para este editor la mejor noticia enterarse de su muerte, luego del ímprobo esfuerzo por organizar una selección, extraída del copioso mazo de originales y guardados en un voluminoso sobre de LP de 33 r.p.m. Hubiera deseado mil veces su presencia, dialogar con su tímida persona, e incluso enfrentar el peligro de la “sequía” de su pluma, antes que presenciar a solas los originales que hoy tengo ante mí, donde yace el monumento al talento y la imaginación más portentosa de los últimos 50 años.

Si comparáramos a Julio Inverso con André Breton, por citar al teórico del surrealismo, se comprobará cuánto le debe éste último al primero, por curioso que suene. Y ya en América, piénsese por ejemplo, en la admirable fulguración de la poesía de César Vallejo —para hablar de un solo caso— y en la eficaz mecánica de la trasposición como método de creación. En el caso de nuestro autor, directamente nos escamotea el sentido común, con el objeto de invertir nuestra visión y dejarnos prisioneros del suyo propio e imprevisible.

Puede comprobarse en la primera lectura que el mundo de Julio transcurre sin sobresaltos y no tiene nada de anómalo, y que efectivamente vive en él. No existe el forzamiento nacido de un imperativo estético, sino un respeto fiel a su propia vida, que transcurre de igual manera puertas afuera que hacia adentro.

A los ojos de Julio las cosas son como las relata, no es un recurso poético acercarnos a sus experiencias amorosas o de “marginal” intoxicado de tanto snifear; él las vive así y en esas vivencias está su ajuste/desajuste maravilloso.

La percepción que tiene de la vida cotidiana corresponde bastante bien con la idea que él mismo se hace de las convenciones ortográficas: tanto le da empezar el párrafo con mayúscula o con minúscula y usar el punto en lugar de

la coma, no le preocupa si los nombres propios se deben escribir con mayúscula; no está interesado en la norma, si mediante la trasgresión, puede dar idea de la dimensión del “sepulturero ramírez”.

Su prosa fluye sin sobresaltos y absoluta naturalidad, tanto se puede vivir envuelto por la atmósfera, como por el agua en el fondo del mar, estar asido a la tierra como volar. Por otra parte su cuerpo adquiere proporciones gigantes-cas, puede ser del tamaño de una montaña sobre la cual está además, aprovechándose de la posición privilegiada para no ser visto, por paradójico que parezca, como sucede en “LA CUMBRE”. Las estrellas pueden hablar, podemos tener una en una mano y en la otra el arco iris si con ello logra crear el clima necesario a la ilación de su discurso. La voz en el momento de ser emitida lleva consigo la propia piel del poeta, su propia sangre, su carne desasosegada que le duele y lo transporta a efusiones de sensibilidad exquisita.

La obra de Inverso se resiste al análisis formal, o se la acepta en bloque o se la rechaza, y por si fuera poco, nos reclama una participación activa y un esfuerzo imaginativo para encontrar el ritmo que nos permita distendernos, relegar cualquier preconcepto poético, para ingresar al escenario deslumbrante, policromo, donde está instalada la conciencia y la visión.

Las mariposas tienen una virtud terapéutica, a estar por sus dichos, porque hacen desaparecer “todo resto de miseria de mis ojos” en «CUANDO MI HERMANA ERA UNA MARIPOSA». Desprevenidamente podríamos decir de su prosa gongorina que es hermética, pero luego de un instante de perplejidad tendremos que reconocer la feliz invención de una síntesis admirable, nueva, inmarcesible, cuando durante un vuelo fantasmático se cuelga de los hilos telefónicos, y las conversaciones entrecruzadas lo “llean de besos y malentendidos”.

La condensación a que puede llegar su estilo nos asombra leyendo «ESCENAS DE LA VIDA DEL EJÉRCITO». Es un peque-

ño guión de teatro, una pintura, un verdadero fresco, más para disfrutar con la vista que con el oído.

Inverso teme al día y vive de noche. De día duerme y en la noche crea, mientras bajo una forma espectral traspone las puertas por el pasadizo de los gatos. El papel y significado de la noche donde ambientar su escena y su relato, quizás por la oculta mecánica intrínseca o evidente obra de ingeniería poética, siempre aparece definida por ribetes precisos, “es una vasta maquinaria que funciona por oleadas de exhalaciones...” Las noches de Julio no son invención estéril, sino absolutamente vivenciales y tienen las propiedades de los grandes movimientos cósmicos, que lo llevan permanentemente a la conciencia de su pequeñez y al esquivo sentido de la existencia. Nadie podrá pensar que Inverso cuando habla se aparta mucho trecho de sí mismo, al contrario, vive encerrado en sí mismo

Exponerse a la puntería de Julio Inverso puede resultar mortal, o como mínimo, quedar ciegos bajo los efectos de su artillería poética. Su poesía y su estilo son bengalas en la noche de sus días. No podemos escapar a sus dardos ni a su autobiografía monolítica, en oposición a la poesía monolítica, de la que él mismo se queja en “Diario de un agonizante”. En uno de sus largos poemas, “Juan Morgan”, el sosías de Julio, nos aclara todas las dudas que pueda plantearnos la lectura, sus énfasis declamatorios, mientras su voz estentórea, olímpica y despreciativa, describe con lujo de detalles el futuro de gloria que ya había conocido. El poeta vive en la noche y desde el légamo, desde el cieno de esa misma noche intemporal se incorpora, se sacude las miasmas que lo oprimen y recita. Recita, habla, grita, canta, se desnuda, vuelve a la madre, vocifera, contra la policía y los militares, se ve a sí mismo frágil y sentenciado a una muerte inminente, que terminaría ocurriendo finalmente, diez años después de escribir sus primeros poemas.

El personaje Juan Morgan aparece a lo largo de su obra con espontaneidad. Es la mejor ubicación que encontré en

el curso de sus exploraciones en la nocturnidad para verse a sí mismo. Y no es casual la elección, porque su quehacer poético está referido a las acciones de un pirata, son literalmente actos de piratería literaria —no por el plagio, por el heroísmo y la sorpresa de sus ataques; ni por el robo, sino por la imposición de su dura ley—, el abordaje de nuestra ignorancia se hace desde la baranda del barco que también él timonea, a cara descubierta, solo, marinero y capitán, espadachín y artillero. O se desprende vertiginosamente desde la cofa, se desliza por un cabo retorcido y nos coloca la punta de su espada en el cuello: ¡o Juan Morgan o no hay poesía!

No podemos recobrarlos del asalto, los primeros tiros del artillero Inverso fueron a desarbolar, y huir hacia el bauprés puede resultar suicida; no queda otro remedio que enfrascarnos en desigual combate, por consiguiente, con la impericia propia del lector escrupuloso, porque la cubierta está ardiendo a causa de su estado febril, que todo lo incendia.

Compenetrarse con su profusa imaginación, aceptar sin reticencia la coherencia de sus dichos, cantos, relatos e historias, es un camino de dificultad directamente proporcional a nuestras prevenciones.

Queda todavía una extensa obra inédita de Julio Inverso, que iremos publicando en varios tomos sucesivos, previo inventario y organización, de lo que él no había concebido o preparado como libro.

El editor.

Montevideo, agosto de 2004.

FALSAS CRIATURAS*



*Primera edición en abril
de 1992, Vintén Editor.

11

OGROS

Las piedritas descienden por la ladera de las montañas. El ogro vuelve a casa corriendo en negros nubarrones y discurseando: “Apartad las nubes, apartad los pinos sensibles y las cúpulas de los templos; voy a casa con mis pies agitados en torbellino.

Apartad todo, apartaos. No quiero poner de manifiesto mi bravura, mi ogredad, mi ogrez o como queráis llamarla vosotros. ¡Grito, sí, grito! Pero lo hago porque los ogros somos entusiastas a la noche, volviendo a casa, y deseamos nuestra piedra húmeda para yacer y graznar como sólo nosotros sabemos hacerlo. Graznar, rugir y babearnos como las hadas y los enanos no saben. Babearnos, rugir y graznar con todas las ventanas abiertas hacia la noche. ¡Pues tenemos ventanas! Y nunca las cerramos. Somos, simplemente, ogros.

Apartaos pues, apartad estas molestas montañas,

Nosotros pasamos volando pero tenemos propiedades en virtud de las cuales podemos transplantar nuestra negra, peluda e ignorada carne de ogros, sin necesidad de exponernos al asombro público.

Podemos pasar furtivamente por los clubes nocturnos, por los cruces de calles más concurridos ¡pero hoy estoy apurado! ¡además esto no es una demostración! Es tan sólo nuestra manía de hablar mientras vamos rugiendo y volando en negros nubarrones, con nuestros pies en torbellino, de una parte a otra, generalmente a casa.

De modo que apartaos. ¡Reyes, alcaldes y sátiros y monstruos de todas clases y todos! ¡Y apartad todo porque vuelvo rápido a casa!

Somos todo lo siniestro que imaginarse pueda. En cualquier caso, podría decirse que acogemos lo siniestro con simpatía y ejercerlo nos proporciona alegría y, desde luego, nuestra identidad de ogros.

Y bien, apartaos porque nuestros bramidos os harán ensordecen y os harán enloquecer en un instante. Los valles oscuros, con negra vegetación anormal y fétida creciendo, son nuestra morada insana y horrible. Nuestras prácticas pueden ser, a veces, de una crueldad poco recomendable.

Ya veis que jamás podríamos ser un buen ejemplo para vuestros hijos. Una tradición malaya asegura que todos nosotros vivimos en Ceylán y que todas nuestras vidas caben en un solo limón: un ciego corta el limón y mueren todos los ogros. ¿Qué digo yo ante esto? Digo: ¡JA! ¡Todos los ogros dentro de un sólo limón! ¡Es ésta una idea de una bizarría y una absurdidad impensables! ¡Los ogros somos libres! Aunque limitados, como todo lo viviente. Hemos sentido esas limitaciones ante las grandes tormentas, los cataclismos inusitados, los desastres espantosos.

Pero somos responsables del aire ponzoñoso de los pantanos y tenemos intervención en ciertos fenómenos que se le atribuyen a la primavera.

Apartaos pues, que un ogro es un ogro y ya lo sabéis. Nuestras alas se achican, cuando somos pequeños, hasta quedar convertidas en dos inservibles pelotas en nuestra espalda. A veces, en los días lluviosos, nos escuecen horriblemente. Esta vicisitud nos impide, quizás, ser como los ángeles. Ya habréis notado que nuestra voz es un rorido demencial vaciado en nuestras enormes bocazas babeantes.

Y bien, apartaos, porque la noche es toda nuestra; heredamos una barbarie muy antigua, perdida en las noches donde el recuerdo se pierde. Lo nuestro no es lo insuficiente, lo tardío. Ved los guijarros derramándose desde las altas montañas”.

Setiembre de 1987

EL SUEÑO

Huyeron los restos del sueño con el último huracán. Avivamos las llamas con gritos guturales imploraciones. Discutimos largamente dando zarpazos, jadeando. Las zarzas crecieron hasta la garganta y ahogaron el sueño, sofocaron el extendido aliento del aguardiente, mascullando palabras que fueron recogidas y tiradas en la cara del tiempo y repetidas y recalçadas y olvidadas. Huyeron hacia el azul exterior, crepitantes como una floración. Las lagunas del sueño en tu cara mórbida dibujaban un paisaje. Las tijeras cayeron de tus dedos con un presagio oscuro. La nube se negó a pasar y ¡OH! llorábamos preguntándonos si tendría algún día fin todo aquello pues otra cosa deseábamos, otra cosa esperábamos.

Las mañanas eran dóciles y dulces las horas. Las tijeras cayeron de tus manos cortaron la fragancia que percibíamos bajo la gran arcada de piedra. Y ahora duermes, yo velo hablando para mí mismo en un susurro, una invocación, una plegaria, un conjuro. Veo toda la habitación que se arremolina en lo alto de tu sueño, confluyendo y, transfigurada, me arrebató a mi cavilación silenciosa, postura tensa, espera arqueado sobre tu cuerpo dormido genevieve has dejado caer las tijeras que rodaron de tu mano y vinieron a posarse junto a mí como una gran mantis de metal. El sueño vaga por tu cara, lo adivino en tus cejas tus sienas. En la tela áspera de tu sueño mis caricias se vuelcan como aceite. Yo colmo tu sueño de caricias.

LA CELDA

¿**P**or qué esta manifiesta complacencia de estar aquí, por muchas horas inmóviles, con la única débil luz de la luna, en los camastros duros y piojosos?

Ya no queremos abandonar la celda y preferimos charlar.

Hemos hablado tanto que los muros podrían caerse bajo el peso de nuestras voces con martillos.

Una grieta próxima a mis ojos comienza a ensancharse al influjo de un suspiro.

Pero si la celda aún se disolviera bajo nuestra mirada, si la celda dejara de existir, aún así no la abandonaríamos, sólo por seguir charlando.

No escribimos cartas. Tal vez no haya nadie fuera de la celda que sea capaz de leerlas. ¿A quién podríamos contar nuestros sueños de prisión?

MARAT

Marat, el monigote, estaba tendido en la plaza pública. Listo para ser exhibido. Los artesanos coreaban: Pasen y vean la más grande carnicería del mundo. ¡Por dentro! Y tomándose la cabeza repetían: “¡Por dentro!”

El público se agolpaba al monigote tendido. Los artesanos, dispuestos en dos nutridos grupos multicolores a cada lado de la nariz perfecta, abrieron la cara de Marat tirando de sus narinas artificiales y dejando al descubierto el túnel negro, inescrutable, jalonado a través de la mismísima materia de Marat.

El público se precipitó hacia la boca del túnel.

Todos iban a pagar la entrada pero querían información por anticipado.

Y pasaron, como peces, a través de la delicada estructura de sus costillas. Pasaron a través de las costillas estáticas y esqueléticas de Marat, combadas sobre las paredes combadas del túnel y transitaron el esófago de Marat y navegaron por sus tripas, transcurrieron sus parénquimas y su sangre, cabalgaron su colon. Tocaron la mismísima alma (era una cosa fría), sintieron como Marat, pensaron con él y caminaron con sus mismos defectos de equilibrio. Y Marat se había quedado solo, con su interior helado y

lleno de cartón, de plástico y de argamasa, recorrido por todas partes por una sociedad de tímidos turistas.

Ese monigote, Marat, echado en decúbito ventral, con las palmas de las manos vueltas hacia la cara y los talones unidos, coronados con arcadas de luces, está tendido en la plaza pública para recorrer los laberintos sin paredes, el tiempo que no transcurre y no se gasta.

Después te lavarán a baldazos, te fregarán las mejillas de papel amarillo con un rastropajo y una vieja te va a apagar las luces, para que los vecinos, de madrugada, vean la uniforme oscuridad del parque, donde, de una manera u otra, te las arreglaste para tener un sueño, así echado como un perro.

Pasen y vean la carnicería más notoria del mundo! Y... ¡Totalmente por dentro!

LA MÁQUINA DE DIBUJAR

Los brazos desnudos, las palmas arriba, la tinta en los labios, los labios de pie, los ojos desnudos. el público escupe, se agolpa en las puertas, irrumpe, abuchea. la máquina insomne dibuja una llanta de auto, la tira. el público lucha, alguien pesca el dibujo, se suena con él. el público exige. la máquina arroja, por miles, dibujos de los presentes con la leyenda: VOSOTROS SOIS UNOS IMBECILES, jajá, ajajajajá, jajararajajá. la máquina frena, arranca, suelta un chorro de tinta, dibuja da vinci. la máquina abandona el teatro. el público la sigue hasta el museo coreando consignas. el museo explota ¡SABOTAJE! los ministros mueren (dibujados) ESTA MAQUINA DE MIERDA ES HUMANA dicen los militares y disparan. agonizante, ella dibuja con su sexo en una página hermafrodita. muere. el público aplaude.

EL CIRCO

El malabarista de mameluco blanco empezó su show con 5 botellas. Siguió con 6 pelotas. Más tarde, 7 bolos. Y, finalmente, 8 objetos irreconocibles. El circo estaba lleno de niños. Niños que discutían acerca de la velocidad de los vehículos infantiles. Niñas que reían sentadas en las gradas. El payaso entró en la escena dándose puñetazos a sí mismo y cayendo muerto cada vez. El domador de fieras, vestido de frac, entró también, dando latigazos a diestra y siniestra. El hombre-bala fue lanzado desde el cañón y vino a dar en una inmensa red. El trapeceista, fumando entre bambalinas, esperaba su turno. El malabarista entró a la jaula de las fieras, con pasos tímidos. Se acercó al león, que rugía, y metió la cabeza dentro de su boca. El domador, el hombre-bala, el trapeceista y el payaso cargaron el ataúd entre el público que aplaudía y deliraba de alegría. El malabarista fue enterrado en lo hondo del carromato pintado con rombos azules, blancos y rojos. La flaca alma en mameluco se elevó entre ellos y partió, alta, hacia el techo.

UNA NOCHE DE BODAS

El poeta observa a la pareja de recién casados. Ella se ha recogido el velo, camina en el balcón o más bien se deja llevar de un lado a otro con la cara rígida, bella, triste. El poeta deambula en la fiesta sin encontrar nada de su interés excepto una puerta. La franquea. Girando sobre sus talones se halla en un pasillo en penumbras, apremiado, sabiéndose al borde de algo indefinible, sensación quizá producida por una ligera inclinación, un declive que afecta al suelo, hacia el fondo del pasillo, allí donde un hombre en un escritorio inicia un concienzudo interrogatorio al poeta, que no tiene del hombre más que una visión obstaculi-

zada por el súbito brillo de una lámpara adornada con racimos de uvas de vidrio. El poeta se escabulle y logra salir del edificio hacia la explanada que hay allí; hay gente de pie, espaciada, como estatuas. El silencio y la rigidez son absolutos. La hierba fosforescente crepita bajo los pies de quien anda; en el cielo se abre trabajosamente un párpado y derrama lágrimas que pasan ante los ojos del poeta, evocando las sienes de la muchacha bajo el velo. El poeta corre a través de la explanada y se interna en el parque donde el fuego arde en pilas de heno y ve el azul cielo abismado y la cara de Dios, remota, iluminándolo y la cara oriental de las ciudades turbulentas y el lamento y el júbilo de la música elevarse y sus manos se entrelazan. Duerme.

Al despertar, el mundo no ha acabado de soñar. Se halla en el centro de la ciudad y decide tomar un tranvía. Extrae de entre sus ropas un pequeño libro de Shelley y experimenta un antiguo sentimiento de éxtasis y comunión a la lectura de dos versos, cuya cadencia se acompasa con las imágenes sucedidas en las ventanillas. El libro se le cae de las manos y ya es un luchador que lo aventaja con un golpe. El poeta cae rendido en el campo raso, un aroma de azufre y de flores secas prolifera en su cuerpo; repican las campanas. El poeta hace un esfuerzo por levantarse. Tiene ambas piernas vendadas. Intenta quitarse el sombrero pero el sombrero parece tener más espíritu que sus manos impetuosas. Los violines estriden subidos a los árboles como cuervos. Los niños hacen corro en torno al poeta, quien llora y explica su desgracia. Los niños se apiadan de él y lo llevan ante la joven que es objeto del amor del poeta. Este se quita las vendas de las piernas y echa a andar, el agua sube a las bibliotecas, crecen cabellos a las tijeras, el poeta se cubre la cabeza con una cáscara de nuez.

EL VIENTO

el viento lleno de estrellas, de hojas secas y de polvo mantiene suspendida mi habitación como una gran sinfonía de mahler, con una extendida mano que golpea más fuerte cada día, una mano que acaricia y sostiene, una mano que es el límite y que es todo. y en el viento vienes, blanca y pura, tendida en los techos. fumo el cigarrillo extasiado ante la imagen, con los ojos muy abiertos al enigma inacabable. me quejo, mientras vagas, te mueves y respiras allí. una música errática, indefinible, atrapante, sorteas los garages donde la noche se parapeta, tan sólo un momento, para levantar y sacudir luego su melena hecha de furia. todo arde y es arrancado de los siglos que, de espaldas, desfilan impasibles. un inmenso manto baja desde el cielo y te escabulles a los ojos. ya es ante mí la negra estructura de la noche. y mi habitación se pierde lejos, dando barquinazos en el viento lleno de estrellas, de hojas secas y de polvo.

ATRIBUTOS DE LA NOCHE

Estoy mirando a lo lejos. Veo un rectángulo azul que estalla. Es la noche en la ventana. Gritaré en las calles el secreto. Dije “rectángulo azul” hace 2 siglos, aproximadamente. Y el tiempo sigue pasando de esta forma. Atraviesa, temblando, los cuartos amarillos y toma en sus brazos a la noche, que es una niña todavía y le hace el amor en las tablas del piso, entre botellas de cerveza que ruedan. La noche golpea la puerta con el caño de su revólver, porque está enamorada. No quiere pasar el verano exiliada, tiene buenas alas. Pero el tiempo es tan viejo. Le creció una coraza espinosa, una cresta de gallo reflexiva. Hoy zarpan hacia la realidad (la noche se ahorcará en el barco). Finalmente

los dioses la acorralaron, ebria, en el callejón de los vidrios reventados.

DISCURSO DEL PIRATA M.

Soy el pirata M., que arrasó los mares y echó a perder a la gente porque le dio la gana. Soy un alma sensible y extravagante y ahora, mientras hay viento en cubierta y apoyo mi pie en la baranda, no puedo dejar de recordar cierto quinteto de Brahms, contemplando con mi ojo parchado a una candorosa doncellita que, a mis pies, repta.

Descubro ante ustedes esta cicatriz en mi torso. Me la hicieron en Malasia unos indios medio enanos y muy rápidos. Todo por culpa del degenerado de Penington que quiso aproximarse a esas costas ponzoñosas.

Mi navío es un buen navío y en él voy a morir, puesto que en toda la tierra no hay una sola parcela para mi descanso. Quisiera leerles acá un poema de Novalis, muy hermoso. Quizá lo conozcan. Dice así:

CUANDO YA NI LOS NUMEROS NI ESQUEMAS
CONSTITUYAN LA CLAVE DE LOS HOMBRES Y
AQUELLOS QUE AHORA CANTAN O QUE BESAN
POSEAN MUCHA MAS CIENCIA QUE UN SABIO

CUANDO A UNA LIBRE VIDA VAYA EL MUNDO Y
TORNE DE ESA VIDA HACIA SI MISMO

CUANDO LA LUZ Y SOMBRA NUEVAMENTE EN
CLARIDAD AUTENTICA SE UNAN

Y CUANDO EN LA POESIA Y LA LEYENDA SE
HALLE LA HISTORIA AUTENTICA DEL MUNDO

ENTONCES UNA MAGICA PALABRA
AHUYENTARA A CUALQUIER FALSA CRIATURA

Y ahora voy a desaparecer tan inexplicablemente como he surgido ante ti, puesto que yo soy un fantasma remoto y tú has abierto los ojos a otras regiones y me has visto. Yo he durado tanto como tu extraña y fugaz emoción.

En cuanto al degenerado de Penington, a la menor distracción voy a echarlo por la borda.

ESCENAS DE LA VIDA DEL EJÉRCITO

—¡Milicia march! —dijo el capitán.

La milicia caminó entre los espinos, cautelosamente. De pronto, una cueva.

—¡Milicia, una cueva! —dijo el capitán.

La milicia se quitó las botas; se puso las zapatillas de alpinismo. Bailó “El miliciano”, contradanza. Enarboló los cigarrillos del Rompan Filas.

—¡Milicia, se suspende el rompan filas! —dijo el capitán.

La milicia hizo silencio, guardó los cigarrillos. Posición de firmes. Pasan aves. La brisa despeina a la milicia. Pasan más aves.

—¡Milicia, las aves! —dijo el capitán.

La milicia portó armas. Algunos apuntan para arriba. Otros apuntan para abajo. Sonido de los percutores. Cámaras vacías.

—¡Milicia, firmes, a la cueva! —dijo el capitán.

La milicia se encaminó a la cueva. En el pórtico 3 mujeres ornamentales, desnudas con estrellas y lunas en el cabello. La milicia se detiene pensativa. La mujer del medio abre los ojos graciosamente. Las estrellas resplandecen y migran a sus hombros. Los milicianos se apoderan de los astros, cantando.

—Milicia, buena síntesis —dijo el capitán.

El capitán entrega a la milicia una bandera con los colores del dolor. La milicia toca el tambor. Por todas par-

tes alegres correteos, gritos. El horizonte se come las nubes (nubes cada vez más grandes, negras).

Noche.

OTRAS ESCENAS DE LA VIDA DEL EJÉRCITO

¡Milicia march! —dijo el capitán.

La milicia se quedó leyendo los viejos libros, balanceando los brazos.

Milicia, no se debe sobreactuar en los sueños —dijo el capitán.

La milicia se afeitó, se abotonó, zapateó. La milicia pavimentó, levantó catedrales y puso la mesa.

Milicia, pasen la sal —dijo el capitán

La milicia llamó a las puertas.

La milicia se perdió en el callejón.

La milicia empezó a flotar y a jugar con las nubes y a tañir en los rayos del sol.

¡Milicia, abajo! —dijo el capitán encaramado en un volcán.

La milicia descendió a las fosas marinas en forma desordenada.

Los milicianos que no han despertado todavía degustan algas sin ser descubiertos por los peces peligrosos. Otros se quitan los guantes para nadar a gusto. Otros se asustan al confundir el coral con fuegos artificiales.

Un altar de música majestuosa congrega a los caballitos de mar. Las madréporas festejan. El sol viene a bañarse.

Milicias, nos quedamos a vivir —burbujea el capitán.

SONATA PARA FAGOT Y PIANO

La noche es una vasta maquinaria que funciona por oleadas de exhalaciones, aves marinas, gatos que gimen calle abajo frente a las puertas despintadas y perros idio-

tas que les ladran. La noche trabaja en la oscuridad, produciendo oscuridad y acumulándola, haciéndola rodar por las callecitas con casas de techos bajos, paredes blancas, ventanucos donde flotan algunas tablillas. Yo participo del secreto.

Una noche de Montevideo, ni calma ni agitada; una noche elevada de pie, indiferente, sabia y hereditaria. Yo soy el único que participa del secreto, el único que asiste a su transcurso y en quien todas las incidencias, operadas en una vaga región absolutamente recóndita (LA NOCHE) se encarna puntualmente, en mi exacerbada atención, penetran en mi sangre como una transfusión desmesurada.

Ahora se ha desatado la lluvia, con su antigua minucia que roza cada hoja de cada árbol; ahora algún objeto cae, algún mueble cruje, algo tiembla o podría ocurrir un crimen, pero no, es cierto, NO HAY NADIE.

De modo que camino por la ciudad vacía, ante las puertas despintadas, entre los gatos que hacen el amor y los árboles dormidos y siento que tan sólo resbalo por uno de los declives que ella me tiene preparados; soy un pez o una estrella y allí migro de un lado a otro, todo a lo largo de la noche, interminablemente amparado.

El tránsito, la conversación, los gestos, todo ha sido abolido. Queda un poco de óxido del corazón, que ha tomado respiro. Un animal en que han escarbado con dedos imperiosos y le han tocado el corazón con brusca ternura y le han dicho: DUERME.

El espectador se apasiona y desapasiona al influjo de las vibraciones que se traducen por delicadas membranas invisibles, tendidas en el aire como velos admonitorios. Su pulso es regular, la mirada en la que confluye toda la noche como un vórtice. Ahora debo cerrar los ojos, de pie, en una plaza y sentir enteramente en la piel, más allá del silencio y la tensión del aire, más allá de lo infinito de la noche, cómo prolifera, cómo se multiplica, cómo engendra y se engendra, una y otra vez, interminablemente, para nada.

Yo he desaparecido. Ahora la noche está verdaderamente sola; loca, rompe las últimas ataduras, se vuelca por los vastos canales del desconsuelo, sube escalinatas, manda señales hacia la tierra y la oprime con una mano brutal. Sola, tiembla, se quiebra y cae (pero ya hay más y más noche que la sustituya). En medio de su anarquía, sonrío, se apeñusca en una esquina, luego corre a otra, llora, canta, patalea y no olvida los engranajes de su acrobacia demente.

MATANDO PERROS

Voy, sin apuro, por esta calle que muere en tu puerta. Mi ropa es negra, más negra que mi alma. La noche está creciendo en vaivén. Dejé mi castillo desolado. Dejé abierto mi ataúd. Me llamo muchos nombres, me anticipo. Dejé la mesa puesta, con las velas. Dejé la ventana abierta. Dejé mi marca en el polvo. Voy, por esta calle, matando perros, desde hace quinientos años. Conozco todas las invenciones del hastío. Voy, elegante, monstruoso, a llevarte juguetes en llamas. Tú no estarás soñando conmigo. Voy a aparecer, murciélago, en tu ventana. Tu único gesto será abrirme. Voy a arrancar tu puerta de sus goznes. Perderé mi alma en el comedor. Subiré la escalera. Entraré por debajo de tu puerta, virado en humo. Tú no estarás soñando conmigo. Pero yo te llevaré, en mis brazos, a través de los siglos. Nos amaremos, en la noche eterna. Te acostumbrarás a mi melancolía. Porque te volverás melancólica también. Nos señalarán, querrán matarnos. Pero la noche los aplastará. La noche es nuestra aliada.

Voy, me anticipo. Voy hacia tu puerta que está al final, en lo más profundo. Voy, con un hastío de siglos, a retomar el rito en tu garganta. Voy, con una herida nueva. La herida que me hiciste. La única que duele. Te vi sólo un instante, que ya es una eternidad en mí. Te vi y supe que eras una

reina. Deseo tener sueños, para soñar contigo. Pero nunca sabré lo que es un sueño. Para mí sólo existe la noche. Quiero verte a mi lado, rasgando la noche con tus uñas. Conmigo aprenderás un poco de furia. Conmigo aprenderás de tinieblas, de quimeras. Viajaremos, lejos.

Me anticipo, siempre me anticipo. Dejé el castillo abierto. Le di la noche libre al cochero. El se me parece, pero sólo ha vivido una vida. Y es humano. Andará perdido en el campo raso, entre fuegos fatuos. Dejé la mesa puesta, con las velas. Dejé un sitio para ti. Te tendré. La noche me lo prometió. Conozco todas las jugarretas del tiempo. Pero esto no es un engaño. Ya sabrás, ya sentirás. Voy, a paso de lobo, a besar tus labios. Un largo beso con gusto a pesadilla. Voy, en la sombra amontonada, hacia ti. No sé cuantos perros he matado. Sé que no sueñas conmigo. Pero te sacaré de tu cama y de tu mundo. Te llevaré no importa adónde. Subirás, blanca, las escalinatas. Entraremos juntos a un tiempo sin tiempo. Ambicionando más. Con instintos simples. Volaremos, murciélagos, sobre la ciudad en decadencia.

Voy hacia tu puerta.

Te prometo una eternidad.

POEMA

Se trata de una ciudad sin calles; una ciudad con puentes de piedra suspendidos en el espacio; puentes por los que transitan gnomos verdes que incesantemente se pasan unos a otros la llave de la ciudad; también andan por esos puentes, entre las luces neblinosas, doncellas inaccesibles (pues sus galanes son tan sólo esqueletos pintados en el suelo). Es difícil ubicar una casa porque las casas ruedan, giran, flotan y tras ellas y tras apariencias de árboles y tras máscaras rojas o negras se ocultan los lobos, siempre al acecho. Las canciones de esta ciudad son de una belleza

incomparable pero el organillo que las toca siempre se descompone y las canciones a menudo quedan incompletas, de modo que un extranjero que llegue con su morral puede pintarlas del color que desee. Se trata de una ciudad sin calles, con puentes suspendidos en el espacio y gnomos verdes que hacen jardinería en la noche, doncellas ebrias e irresponsables, etcétera, pero ningún extranjero que llegue a ella con su morral deseará permanecer allí pues el silencio es muy, muy profundo.

FIESTA EN EL JARDÍN

La fiesta es en el jardín y consiste en un viento lila entre las flores blancas y negras, entre las hormigas verdes que retozan y las avispas doradas que vuelan en el campanario. Las cartas con sobres rojos, que llegan volando, traen a las niñas de cabellos azules. Las niñas abren sus cajitas y de allí salen todos los amarillos, con zapatos rojos y altos cuellos de piel de lluvia. Es cuando los teléfonos verdes empiezan a sonar y las niñas de cabellos naranjas conversan con lejanos países de pasadizos de cristal en los árboles. Las desnudas huellas azules bajan las escaleras del palacio, hacia el jardín, marchando sobre la orquesta de las piedritas del sendero. El pentagrama ondulante del viento despierta a las ventanas de agua. Un caballo de ajedrez está inmóvil sobre una cifra pintada en el pasto púrpura, debajo de una nube de pájaros. Las niñas de cabellos de estalactitas andan en puntas de pie, mientras las flores blancas bostezan y las flores negras ríen. El corazón de las flores tiene un espejo, por el que desfilan los balcones de la aurora y el canto de la noche. Entonces el arcoiris se despliega de un hormiguero a otro hormiguero (cuyas galerías están fuertemente iluminadas) y los relámpagos invaden el jardín y las niñas con cabellos de zarzas tienden el mantel sobre el pasto y saborean las joyas exquisitas.

UNA ISLA

Los ejércitos desembarcan en la isla. El sargento se enamora de la lluvia. Los monos, asomando sus pequeñas cabezas en los árboles, miran con curiosidad las proas. Los pájaros se alborotan.

Los soldados se dispersan, internándose en la selva. Bajo una inmensa bóveda de pájaros enloquecidos y ramas entrelazadas, los hombres se cansan, se pierden, se lastiman. El sargento levanta los ojos al cielo del que descende un canto lastimero y fascinador. Los soldados caen en el claro, en la ciénaga. Engendran espíritus que se desperezan lentamente y, con los mismos fusiles, siguen internándose en la selva. El sargento penetra en la selva con los brazos extendidos, como un nadador. En la playa, los barcos de hunden, las olas de aceite descargan lentamente en la arena oscura.

El último soldado cae. Los pájaros han enmudecido para siempre, absortos en las ramas. Los monos se han perdido en los confines de la selva. Los espíritus la llenan de susurros nuevos. El sargento empuña su revólver. Pasan los años. El sargento ve la luz: la selva ha terminado. Sus pies desnudos pisan la arena oscura. Adelanta la mano vacía. Tropezaba con un piano. Le cuesta mucho respirar. Sus dedos titubean sobre el teclado.

El sargento muere en la playa a la que han regresado los pájaros. Su lento espíritu toca una melodía y los monos asoman sus pequeñas cabezas curiosas en los árboles. Las olas cadenciosas en la arena descargan joyas efímeras. El cielo se hace más blanco, más profundo, en tanto la selva se estremece. Los reyes caracoles danzan en la costa. Cae la lluvia.

EL SEPULTURERO RAMÍREZ

Yo soy el sepulturero ramírez. La vela está por extinguirse sobre una tumba cualquiera, aquí, en el pequeño cementerio. La levanto por un instante en el que creo percibir a un muerto trasnochado que avanza dando tumbos por el sendero central donde caen las sombras regulares de los cipreses. Pero no era. Tengo que calmar mis nervios. Debe ser esta luna amarilla, estos cipreses negros, estos niños que todas las noches entierran a sus muertos entre enormes carcajadas.

Llevo años aquí, viendo las caras lívidas de los muertos, tocando sus brazos que parecen querer seguir abrazando, sus piernas que parecen querer seguir andando. Llevo años viendo rostros convulsionados debajo de los velos, debajo de los sombreros. Esta flor fresca que tengo en la mano la depositaron hoy unas elegantes muchachas, agachándose, inclinándose como bailarinas. Después se irguieron lentamente y salieron muy juntas. A una se le había deshecho el peinado. No lloraban, no lloraron.

La vela está por extinguirse y pronto me quedaré en la oscuridad y los niños querrán celebrar un nuevo entierro y vendrán a matarme y no podré huir porque no puedo franquear los altos muros, ni las altas puertas. Aunque no oigo sus acerados gritos; quizás se hayan ido por el agujero de los gatos.

Como les decía mi nombre es ramírez y nunca he podido sacar el barro de mi pala (humo silencioso cruza los charcos de agua), nunca he logrado vencer la melancolía y esta noche, como tantas otras, las mariposas negras se posan en mis hombros. Estoy cansado de este frío que cala los huesos, cansado de leer en la lápidas que todos son personas respetables. Este cráneo que véis allí, semienterrado en el fango, perteneció sin duda a un joven inteligente. Miradlo, parece de marfil.

La vela empieza a vacilar. El sebo gotea en mis zapatos.

Ahora voy a enterrar a la hermosa muchacha de pelo corto que murió detrás de las dalias, sin decir nada. La voy a levantar en mis brazos con toda delicadeza y la voy a tender en el sendero y la voy a perfumar con todos los aromas deliciosos de la tierra y voy a cavar una fosa con forma de carruaje para esta princesa de pelo corto y después me tiraré sobre la tierra recién removida y lloraré amargamente, pero luego, comprendiendo, le cantaré un bello romance. Mentira, no sé cantar. Todo eso era mentira, lo inventé. No conozco ninguna princesa de pelo corto. Es que me ahogo en bostezos y tengo miedo de dormir entre los muertos. Por eso le doy a la lengua y estoy inventando todo el tiempo cosas. Yo quisiera ser portero del paraíso, poner a la gente directamente en los brazos de los brazos de los ángeles (humo silencioso cruza los charcos de agua, la vela parpadea, está por morir), yo quisiera ser un ángel terrible y animal en un jardín colgante. Si yo fuera un ángel bajaría al mundo en el filo de rayos imperiosos y tocaría los corazones para hacerlos ardientes y esplendorosos. ¡Qué sueño tengo! Debe ser esta luna amarilla, la sombra giratoria y lenta de los cipreses, la pereza de los gatos, la vela que está a punto de consumirse.

Suenan las campanas, cantan los pájaros y, entre los charcos de agua inmóvil del sendero, voy balanceando mi pala con ese barro ancestral que la cubre. Me salgo por el agujero de los gatos y, ya en la calle, escucho los agudos y rutilantes gritos de los niños que amanecen.

ESPÍRITUS

Ante las puertas del cementerio en un día soleado, una noche con gatos de cheshire maullando en los árboles os encontré y me hicieron reír

¡Espíritus que estáis con los bolsillos repletos de cuentas del vinero!

Los camiones pasaban llevándose la pesada carga y las mariposas y alguien en algún lugar recibía la carta ansiada y uno tocaba el piano ante una audiencia estatuaria.

¡Oh espíritus ceremoniosos de portentoso y dulce aroma! cuando voy corriendo por las calles de Montevideo vosotros voláis, con vuestro contradictorio aspecto exterior de sandwiches a rayas y me sobrepasáis, haciéndome burlas y gruesos chistes que no repetiré y yo os persigo.

¡Espíritus que os vais sin decir adiós con vuestras bromas de brocha gorda!

Estimadísimos espíritus: les envío mi poesía (todo cuanto les adjunto es inédito) porque he resollado como un perro por todas partes buscando, deshollinando volcanes, soplando estrellas, acunando lunas, encantando serpientes, imantando ojos, espantando cocodrilos...

¡Espíritus valientes que os coméis las cascaritas de las heridas de los niños pequeños!

LOS AHOGADOS

Desde el muelle del cielo, que lleva el humo negro hasta el mar; desde el palacio de la mañana, con la bandera que la estrella le ha regalado, los ahogados se quedaban saboreando aquellas canciones venidas de la hiedra del sótano, del corazón-campanario y de la batalla dibujada en el fuego y entraban suntuosos al océano, al salón de baile sin princesas de labios minerales. Los ahogados descendían somnolientos de las algas aéreas desde la noche que abrió sus manos; pasaban por los profundos balcones donde los jóvenes hacían el amor y los trenes blancos en lo alto del sueño transcurrían en silencio la fragancia. La familia, lenta entonces. La madre con la vasija, el abuelo oculto, de pie en la niebla violácea, la pequeña Valentina engalanada en su cunita.

Y esta flor se ríe de los ahogados, en todos los lugares visitados excesivamente, en las ventanas de vacíos ojos que alguna vez limitaron con la infancia, en las frágiles arquitecturas amenazadas por el cielo y los árboles de luminosa melancolía. Tendrás una flor prodigiosa, que disperse el agua de tus ojos y encienda en la hiedra las canciones.

NOCHE

Yo veía a la noche como un descendimiento. Veía sus manos blancas por el perfil de los edificios, tanteando la superficie del mundo desnudo. Veía sus galas y su insólito lujo. Ella sentía (lo he meditado mucho) un inmenso desdén por los accidentes de aquí abajo. Y yo fumaba agazapado bajo un portal. Desconocido. Escondiéndome. O yo estaba en mi cama sin poder dormir en las sábanas revueltas y la sentía temblar en la ventana, gotear lentamente hasta instalarse en la ventana. Entonces yo saltaba bruscamente, colérico, y la enfrentaba. Aceptaba la invitación y luchaba contra ella como un salvaje. Por un instante los relojes se detenían, los espejos se detenían y yo sellaba con ella un pacto (estábamos en el campo, mi cara vuelta hacia ella, cada estrella era una cláusula, cada nube era un pájaro). Por un instante los espejos se detenían y ella entraba a mi cuarto sucio y se estaba allí, alta y magnífica, con los ademanes de un tirano. Y yo que pensaba en ella, con los ojos cerrados y la pensaba azul, extensa, musical. Y yo que la habitaba junto a mi camarada de charlas en largas horas que se doblaban huyendo. Pero ella no quería escuchar razones; desparramaba sus estrellas con un solo golpe de muñeca y se ponía a cantar. Inflaba el globo de la luna que vagaba sobre los techos, picoteada sin cesar por los gallos de las veletas. Mandaba estrellas al destierro, en la encrucijada de las nubes.

Desorientado, yo sacudía la cabeza tras los grandes ventanales desde donde la miraba y pasaban los policías en parejas y pasaban los faroles como ciegos de pánico, con enjambres de insectos revoloteando y pasaban estrellas suicidas a hundirse en el horizonte. Yo fabricaba una larga escalera y la subía afanosamente para poder ver de cerca su rostro pueril y orgulloso; yo subía y subía y a veces hasta volaba; yo subía hasta una bóveda, yo subía hasta una humillación, yo subía hablando constantemente.

En un peldaño encontraba una araña, en el otro un mar de llamas, los vecinos habían salido a verme trepándome a la noche, zambulléndome en ella y nadando porque ya sin escalera yo nadaba y abría puertas en el cielo (el cielo que incesantemente se desmoronaba en volutas de humo). Los vecinos comentaban y la noche sonreía y yo abría otra puerta.

LA CUMBRE

esta colina es muy escarpada. yo la subo todos los días. cada piedra que toco emite un sonido de violín, la hierba resplandece como un diamante. en la cumbre está el sol, un caballo y una ventana. los arbustos suenan como oboes. las nubes inferiores se me enredan en el cabello. el pueblito con sus torres está muy distante, allá abajo. en estos momentos el cura dice su sermón matinal. las callecitas huelen a bizcocho. en la cumbre está el sol, un caballo y una ventana. un paso más y habré llegado.

¡bien! ustedes se preguntarán por qué no sigo subiendo: bueno, pues porque la cumbre es en la cima. la cima sólo pueden contemplarla los diminutos ojos de los halcones, ahí no hay más que piedras y arbustos y todos los que han llegado sintieron un inmenso cansancio, unas inmensas ganas de morir. no, la cumbre no es la cima. la cumbre es aquí donde estoy (al sentarme en una piedra el vértigo

desaparece). allí está el sol, allí está el caballo y ahí, alta en el cielo, está la ventana.

y ahora la gente sale de la iglesia y se dispersa como sangre por las calles y tienen quehaceres, compromisos, palabras de disculpa, familia, pensamientos, sueños, crueldades. aquí nadie me ve. nadie le ha prestado jamás atención a esta colina. por eso la subo todos los días a buscar mi pequeño sol, mi pequeño caballo y mi pequeña ventana (que caben fácilmente en la palma de una mano).

BODAS

Pé introduce en Montevideo el uso del sombrero de copa durante el desayuno, para lo cual es muy elegante. Después Pé se convierte en una bola y va rodando por la calle de pana y se le adhieren todas las cosas alegres: papel de caramelo, dedos de mujer, joyas, pelusas y banderitas cuadradas de cartón con poemas. Estas bellezas lo favorecen: es una bola adornada. La noche se hace y migra al pensamiento de Pé y se instala allí, con todos los astros temblando. Entonces Pé recupera su cuerpo humano y tiene la edad de la razón. Va a Saturno, su preferido, volando con los cometas. Saturno le cede, gentil, uno de sus anillos, con el que Pé se hace un cinturón y cincela unos aros para engalanar a su novia, Mariana. Aprovecha la ocasión para tener una charla con los saturnianos, gente reservada, con antenitas y adictos a las grandes arquitecturas. Por eso Saturno tiene palacios, laberintos circulares de amatista, pagodas, altas construcciones vegetales, arborescencias minerales, ornamentales árboles de galletita. Entre esta magnificencia, Pé extraña a su novia, que tiene una marca de vacuna en el brazo, en forma de estrella, Pé le besa a menudo la estrella; así ha llegado a convertirse en un astrónomo eminente. Pé vuela de regreso a la Tierra. Montevideo allá abajo, azul, dormida. Montevideo despierta y se

pone ahora unas medias finísimas. Londres, tendida, sacude la cabellera y agita las piernas. París levanta los pechos. Pé medita estos ofrecimientos. Entonces ve que de Montevideo se eleva una música y, en la música, Mariana, persiguiendo sus monederitos chiquitos (de 2 cm y otros más chicos). Pé la toma del talle y los dos bajan a Montevideo. Mariana saca uno de sus ínfimos monederos que tiene bordada la fecha 1927, otro la de 1934 y así sucesivamente. Saca de ahí diminutos billetes, palitas de albañil que arroja al río y se convierten en peces, tijeritas, agujas nunca vistas con que las hormigas se tejen corpiños; saca también unas piedritas de colores con lomo de luz y se las da a Pé. Pé saca del monedero con la fecha de 1955, relojitos y escarabajos y con todo eso construye una arcada nupcial, propicia para él y Mariana, que se ha ruborizado de gozo. Pasan bajo la arcada y, ya casados, se sientan a la mesa. Pé corta el pan y adentro se despliega un jardín con mariposas de seda y caballitos blancos, que traban amistad y hacen el amor a su extraña manera. El jardín crece y los contiene: Pé y Mariana deciden quedarse a vivir ahí.

CABO POLONIO

Las estrellas, en la encrucijada de los caminos, que hablaban y hacían pausas.

Fuimos a festejar a la casa que flotaba en el océano.

Ella me besó en la playa sin gaviotas y volvimos con los demás.

Vimos el arcoiris, al crepúsculo, allá abajo, entre las rocas.

Y nuestra desnudez, la cañada, los carros.

El arcoiris sumergido daba notas leves, era preciso aguzar el oído.

Eramos 5 contando al alemán y las estrellas hablaban, bebían un poco más y seguían hablando mientras pasaban carros a la luz de la luna y nosotros andábamos desnudos y

vírgenes en la playa sin gaviotas y siempre era crepúsculo y volvíamos a la piel y a la roca, volvíamos a beber a la cañada cuando el arcoiris sumergido cantaba y corríamos bajo la luna (la luna con enaguas) y ella me besaba en la casa que flota en el océano y yo tenía una estrella en una mano, un arcoiris en la otra y era preciso aguzar el oído y los demonios danzando en las fogatas y aquel tugurio del que salimos tambaleándonos los 5 y el ramillete de caminos (cada cual tomó uno) y las invitaciones a cenar y a morir y las ganas de reinventar el amor.

ZAPATOS

Pueden conocerme por el olor del betún, la máquina de coser en un rincón, la radio cansada, el pegamento, los clavos, la estantería con los zapatos de todo el vecindario. Soy el zapatero de este barrio. El dinero arrugado naufraga en el mostrador, los rodillos de lustrar a veces giran solos, pasados los 30 días de arreglados no me hago responsable por los zapatos.

Mi padre, el zapatero, los llenaba de flores. Mi abuelo, el zapatero, los soltaba como a mastines para que fueran a golpear a la puerta de la viuda. Mi bisabuelo, el zapatero, tenía un árbol de zapatos que cuando estaban maduros se los colgaba del pecho como condecoraciones.

Hoy vinieron dos niñas con sus zapatitos:

- ¿Dónde está dios?
- Está aquí. En mi corazón.
- Quiero hablarle.
- Bueno.

La niña trató de oír en el pecho de la otra.

- Oh, lo has asustado.
- Lo siento. Ha sido mi culpa.
- ¿Lo oyes?

- Sí.
—¿Qué dice?
—El misterioso NUMERO.
—¿Qué es eso?
—Es una vela.
—Voy a buscarla.

Sus dedos se pusieron tensos. Eran dos niñas rubias, casi gemelas. Cuando me dieron aquellos zapatos sentí, desde el abajo de mi alma, ese sombrío violoncelo que siempre, siempre, estaba EMPEZANDO una melodía de luces que en la noche caía sobre mi cuerpo desnudo sin suplicio verdadero; enumeración de cascada increíble, de saltos de agua multiplicada, de agua lenta en cuyo fondo veo papeles sucios, musgo, jeringas, constelaciones, peces sonámbulos, mi rostro.

Soy el zapatero y sostengo en mis manos sucias unos zapatitos de niña. Los vecinos entran y salen. Uno se lleva unos zapatos desmesurados, otro se va descalzo. Una vieja mira con recelo el cartel de NO SE FIA. Los más jóvenes vienen a mirar las fotos de los cuadros de fútbol, que no sé si están en las paredes, en la ruidosa memoria o en esa melodía de violoncelo de lo más sombrío de mi alma. Yo claveteo una vieja bota ya sin remedio. Sé que me dejan pilas de dinero arrugado sobre el mostrador, pero yo no hago caso.

CUANDO MI HERMANA ERA UNA MARIPOSA

todas las puertas estaban abiertas y ella iba de pieza en pieza, a veces volando y a veces no. había una luz excesiva, cribada, fundamental y ella repiqueteaba en las lozas, me rozaba levemente el hombro con su penacho y aún saltaba y hablaba. todas las sonrisas murmuraban y ella se iba (nunca sabíamos) y después volvía batiendo sus

alas cargadas de presagios. tenía hipo y se escondía entre las ollas. nosotros la llamábamos por diversos nombres que siempre la exaltaban y la hacían volver a revolotear alrededor de la lámpara del comedor (a veces acompañada de una amiga, mariposa como ella). todas las puertas tenían restos de miel propicios para mi hermana. en ocasiones era la mariposa de las grandes noticias y nosotros, espectros sobre la arena, quedábamos a cargo de las celebraciones, pero ella nunca probaba nada de las tazas que le preparábamos, se excusaba diciendo: “mi estómago es muy pequeño”. cuando mi hermana era una mariposa yo la miraba ir entre los cubiertos, en la cocina, miraba su éxtasis sobre la canilla de la cocina y todo resto de miseria desaparecía de mis ojos.

EL OASIS

El poeta se enamora de una señorita y cada vez que la ve se ruboriza y no sabe como declarársele y trata de estar de perfil todas las veces que la ve y hasta le ha escrito un soneto pero no se atreve. Los relojes giran locos igual que los ojos de los lavarropas y el poeta confecciona un ramo de flores, de piedras, de graciosas pajarillas de papel y se lo ofrece a la señorita que, azorada, no atina a decir gracias. El poeta se siente desgraciado por no haber sabido leer en la expresión de la doncella e inicia un vasto peregrinaje por la ciudad colmada de olores y marcas de fábricas y semáforos. La luna retoza en un balcón y el poeta trepa al árbol para mecerla en sus brazos. Pero queda atrapado en el abigarrado contenido del árbol, lleno de pasadizos y avenidas de cristal. Recorre los laberintos con un asombro nuevo y prueba frutos panzudos. Se cuelga de los hilos telefónicos que lo llevan tan lejos como a las palabras. Las conversaciones entrecruzadas lo llenan de besos y malentendidos. El poeta logra escapar finalmente a la red telefónica en las

alas de un pájaro filosófico, demasiado filosófico para el poeta. El le ruega lo deposite en la farmacia más próxima. El ave, sin dejar de cogitar un solo instante, lo suelta sobre los tejados, dejándolo al albedrío más notorio. Suerte es que el poeta cuenta entre sus pertenencias guardadas con más esmero de un maravilloso paracaídas multicolor. Cuando se quiso acordar, el poeta se hallaba en un estanque de patos. Estableció con ellos alta comunicación y les enseñó algo de métrica y como verdaderamente se había encariñado con ellos, se olvidó por completo de que estaba enamorado y de que su doncella, seguramente desmayada o secando sus lágrimas en un pañuelito rosado, estaba esperando algún acto de heroísmo por parte suya. De modo que se puso su morral al hombro y se encaminó a la ciudad por caminos polvorientos, limpiando el barro de sus botas, puliendo sus últimos versos, dejando que la primavera le ganara los ojos, apresurándose, fumando sin apuro, haciéndose el galán ante cualquier espejo que encontrara. Como el enjambre de sus pensamientos era muy alto, cruzó ciudades y pueblitos casi sin darse cuenta y llegó al desierto, donde millones de cristales de arena multiplicaban su imagen y auguraban y embellecían la de su amada que oculta tras un velo lo esperaba en el próximo oasis.

A TRAVÉS DE LA LLUVIA

Llovía en toda la casa, en el comedor más que en la cocina. Nosotros reíamos.

De las grietas brotaba agua, que llenaba nuestras bocas blancas.

Estábamos locos. Había cítaras en el baño y tamboriles en la sala.

Ante la ventana ciega, te ponías un lindo sombrero.

GRAN CONFLAGRACIÓN EN LA CASA

La gran conflagración en la casa empezó cuando los retratos bajaron de sus pedestales, los payasos se quitaron las narices rojas en el cuarto de los niños y los padres despertaron para intercambiar sueños. Las fieras en la sala no dejaban lugar a dudas: estaban sedientas de lucha.

Entonces los padres recorrieron el piso de arriba tomados de la mano, hablando del amor esa noche. Con un sueño en el pelo ella dijo: “¿recuerdas?” y él, aunque no estaba seguro de que se tratara del mismo sueño, respondió que sí. Y pronto cayeron, suavemente, por entre las llamas.

“No te he deseado las buenas noches hoy”, “pero has sonreído desde el primer sueño”, “qué sabes tú de eso”, “más de lo que te parece”, “qué sabes de lo que ocurre en esta casa”, “todas las noches es lo mismo, los personajes de los retratos se animan, saquean la heladera, los payasos se visten de etiqueta y toman taxis en el tejado, las jaulas se abren y entonces los monos, escucha Margaret, invaden la casa, los leones resbalan infinitamente en una pelea y amenazan tu cintura si te atreves en el comedor y conste que tan sólo lo has soñado, yo no hago más que abrazarte y abrirme para saber”, “nunca entenderé por qué todo es tan tranquilo aquí, en el piso de arriba”, “es una cualidad que irradia tu sueño o es un puro capricho”, “¿y por qué los niños no despiertan?”, “eso no lo sé”.

Porque los payasos antes de salir de juerga visten a los niños con sus ropas y ellos no recuerdan una tibieza semejante.

CONQUISTA DE LOS OJOS

El milagro es esa piedra con la que tropezaste. Las niñas están mirando el fondo del aljibe desde muy pequeñas. Cuando crezcan mirarán los ojos negros.

El cristal se ha empañado con mi voz. No puedo ver las ventanas blancas y negras. Todas las cosas están flotando en mi cuarto. La tijera, el vaso, el cigarrillo encendido. En el techo hay un ángel, puedo sentir sus zapatos atareados. Acá adentro está la muerte. Es esa gota de sangre bajando por la pared. Y esa araña en el rincón es dios en su palacio. Quizás algún día la muerte deje de explicarle a mis oídos. Entonces podría hacer mi autorretrato poético. Subir al podio y gritar: ¡MUERTE! y hablar de todo lo que he visto en este mundo y danzar y girar y tener una visión.

LAS NUBES INVITADAS

Buster Keaton cruza el jardín en su bicicleta de madera con ruedas cuadradas y se estrella contra el manzano desparramando a sus hijos. La señorita se asoma y Buster Keaton la mira y se enamora. Pero antes se sacude el polvo; ha venido desde muy lejos cruzando el oeste. La señorita sale por la chimenea, en espirales de su vestido blanco. Buster Keaton sube entonces a su globo aerostático y empieza la persecución. Cuando quiere más altura tira a uno de sus hijos. La señorita quedó enganchada a la nube número 5. Buster Keaton tiende una cuerda desde su globo a la nube y hace equilibrio sobre la cuerda llevando a sus hijos en los brazos. Los hijos se metamorfosean en un ramo de hojas y palomas. Pero la señorita está ahora en la nube número 2. Entonces Buster Keaton recurre a uno de los más viejos trucos del cine mudo y amontona nubes y hace una escalera por la que subir con su gorra de detective. La nube número 2 es un amplio salón con pinturas de Picasso y la señorita se duerme. No debía dormir pues ahora está en el árbol número 8 que encierra inenarrables peligros. Esto lo sabe ella pues el portero y acomodador del árbol se lo han anunciado. La señorita está muy asustada. De pronto ve llegar al farolero, que enciende los farolitos de las

puntas de las ramas. El farolero le dice: “Están por llegar los cuervos”. Ella le pregunta, angustiada, cómo escapar. “Abre la boca, chasquea los dedos, mira hacia arriba, cierra los ojos, junta las manos, sacude la cabeza y péinate con este peine azul”, le dice el farolero. Mientras tanto Buster Keaton se ha agarrado a golpes con las nubes y ha quedado mal por pegarle a la nube número 9, que está llena de piedras. Junto a ésta está la número 6 de cuyo borde inferior cuelgan estalactitas, que no son más que los hijos de Buster Keaton. De súbito se le ocurre una idea y anuncia con megáfono: “Todas las nubes están invitadas, vengan a la gran fiesta!” Las nubes corren por el cielo, tornasoladas, deshaciéndose algunas, dando vueltas en la esfera celeste hasta reunirse por fin configurando una amplia bóveda. Buster hace uso de su lupa de detective. Examina las crines una por una, mira adentro por las ventanas pero no hay caso. Ella no está en ninguna. Buster se reclina muy afligido en este arco y fuma uno de sus hijos. Los demás hijos huyen en el globo aerostático hacia Hollywood. La señorita que es objeto del amor de Buster se encuentra con un productor y consigue un pequeño papel en un film. En total ingresan varios a la meca del cine, Buster Keaton toca el clarín, las nubes cantan.

EL TEATRO

El mago cortó a la rubia en 4. Luego separó los pedazos. Cada parte regeneró lo que faltaba, de modo que quedaron en el escenario el mago y 4 mujeres. Pero ninguna de las mujeres era rubia. El público no entiende lo que pasa. El mago destila un gorgoteante líquido amarillo por un complejo sistema de tuberías. La mujer designada bebe el líquido y su pelo no solo se vuelve rubio sino que se para, se crispa y después, lentamente decae, hasta descansar sobre sus hombros.

El mago le consigue trabajo a las 4 mujeres. Una, tramoyista. Otra coneja. Otra telefonista. Otra mazo de naipes. En ese preciso instante suena el teléfono pero el escenario es demasiado precario para tener teléfono. El mago trae un afiche con un teléfono que suena casi como un teléfono de verdad. La telefonista atiende. Mientras habla, de espaldas al público, enseña un muslo maravilloso. Por el otro extremo suben 2 gendarmes, un verdugo, el juez, el recaudador de impuestos y un periodista. El mago es esposado, entrevistado, desvalijado y ultimado. Se van todos, excepto las mujeres. Bajan las luces. El escenario crece lateralmente hasta adquirir las proporciones de un desierto. Las mujeres lo trajinan, muertas de sed y medio desnudas. Pasan varios días y el público sigue inamovible. Vinieron equivocados a ver una obra de Chejov. Pagaron una fuerte suma de dinero en la boletería, y a pesar de que han resuelto en asambleas reiteradas, que están arrepentidos, se quedan en masa por mera curiosidad. (Claro que algún descarriado se ahorcó en el palco por no poder soportar ya más los crudos hechos presentados: la ejecución del mago, el muslo de la telefonista).

Las mujeres dan por fin con un oasis. Retozan en el agua. Nadan a gusto. De atrás de una de las palmeras sale un obrero de mameluco gris y sombrero amarillo. Fumando despaciosamente, examina la cúpula del teatro. Sacude la cabeza y desaparece detrás de la palmera. Vuelve a aparecer, montado en una Caterpillar y, sin más, empieza a demoler el teatro. En la confusión y el griterío cae una lluvia púrpura, las mujeres de marfil giran, estatuarias, en el escenario, el público sale corriendo pero los comentarios son buenos. Algunos olvidan sus paraguas o sus periódicos en las butacas que empiezan a llenarse de un polvo muy fino.

MANECILLAS DEL RELOJ Y PECES DEL MUSGO

Las nubes contenidas en el frasco hablan y adoptan extrañas formas líquidas, castillos minerales de caracoles adosados, piedritas agujereadas, pequeños tornillos que sirven de goznes a las ventanas en miniatura. Una vez agitado el frasco, el mar se riza, se hunden los barcos, las arquitecturas de madera dan lugar a animales y cometas. Lunas lo recorren hasta quedar engarzadas en espuma. Un gigante bebe del frasco y dormita, a la vez que lo entrevistan las flores. Después bebe una serpiente verde enroscada en el frasco. Cuando llega la niña ve una diadema y se la pone en la muñeca. Pero después la pequeña serpiente despierta de su sueño y empieza a recorrer los ríos de la mano. Entonces regresa al frasco y es una serpiente eléctrica que sube danzando y que cae flojamente como una cabellera. El gigante despierta y se afeita con una flor; con los pétalos se hace unos anteojos y despliega el mapa de su reino para saber el camino de regreso. Pero el frasco lleno de fragancia se vuelca sobre el papel y lo encoge y lo vuelve pequeñísimo, en tanto en el reino del gigante las montañas se desvanecen, los ríos se vuelven lágrimas, los árboles estatuas de seda y todo ese mundo que canta, florece en el frasco con un rumor nuevo. Más tarde se encienden los candelabros en el frasco y la serpiente anda en la viga superior del cielo azul, y el gigante provoca las tormentas que amenazan las torrecillas del frasco, los minarettes, los diminutos peces del musgo, las delicadas telas de araña acuáticas, las perlas que sueñan, las manecillas del reloj como huesitos mecánicos, la línea del fuego, los idiomas del légamo, el claro de luna submarino, el cuadrante de niebla en el puente.

JUGANDO SOLA

Me levanté y me dirigí a tu cama. Aunque dormías, me mirabas y decías: “hay fantasmas en la casa, ellos se ocultan minuciosamente, pero yo puedo sentirlos, por la mañana me hacen cosquillas en los pies y, dentro de esta almohada ocurren hechos sobrenaturales”. “Son tan sólo los sueños”, te digo y acaricio tu pelo.

Abro la ventana que limita con una pradera. “¿Es esto otra bobada, otra alucinación de la maldita realidad?” me pregunto mientras te preparo el desayuno. Cuando llego a tu cuarto te veo levantada, mirando por la ventana, cómo en un alto risco los leones saltan sobre la presa, siempre guardando las alturas que siempre han sido su más fácil vía de escape.

Te llamo a mi lado porque de pronto tengo alas y pienso cobijarte allí debajo. Tu cara, desde abajo, se vuelve con una sonrisa. El viento golpea a la puerta más fuerte cada vez. Repito tu nombre, muchas veces ante la puerta cerrada y siento que la palabra va al patio, a la fuente, alborota al pez en el estanque con un irresistible rayo de luz, el pez rojo que tanto amas.

Pero vos todavía estás dormida, moviendo suavemente los dedos, con las sienes claras y yo me tapo los ojos con las manos y ando a tientas por la casa, buscando tu aroma en los rincones incendiados, invadidos por los panaderos en la suave brisa de este verano. Los panaderos que entran por las ventanas y zigzaguean en la luz, las cortinas que se mecen. Y si lo pienso te doy la razón. Hay fantasmas en esta casa. Deben agitar como las cortinas en días como éstos, ocultos en los zócalos, diseminados y terribles, persiguiéndose con el único objeto de tirarse encima baldes de agua. Sí, tenés razón, son ellos y no los gatos los que están metidos en el piano tañendo cada noche.

Y así aparecés en el comedor, envuelta en espuma desaparezándote, guiñando un ojo, el pelo en llamaradas, ju-

gando mientras girás misteriosa y oscura. “Y el pescadito”, decís. “¿Se ha asustado esta mañana? El olor del pan lo alegra, algún malvado tiró una piedra en el estanque pensando que las ondas le producirían vértigos y que las algas, transfiguradas, le parecerían monstruos. Voy a acariciarlo. El me reconoce, aunque a veces hace remolinos y escapa. ¿Por qué huyes?, le digo. No tienes que temer. Son mis dedos, es mi cara, soy yo”.

Tu voz flamante.

Abres la puerta, cantando. Yo miro la cuchara de madera en la marmita, el reloj que percute sin pausa, los vasos sucios de la fiesta, las puertas entreabiertas. Bajo las escaleras y acaricio tus vestidos en el baúl del sótano. Busco las llaves. Busco los mapas.

Mientras acaricio las sedas te siento, adentrada en la bruma del jardín y saboreo mi rebanada de vida, te siento ciñéndote ramas con retoños en el pelo, tus pies pequeños en la senda sinuosa. “Tengo frío”, me oigo decir. Por las paredes cubiertas de musgo baja silenciosamente el agua. Las puertas baten con fuerza. Te veo por una rendija, agachada en el estanque, jugando sola.

BARRO LLAVES BUJÍAS

Los sonámbulos deambulan por el parque toda la noche contándose los sueños los unos a los otros. Unos van con los brazos extendidos, otros gateando, otros sin camisón. Hay uno que pone una piedra, otro que pone una tuerca encima de la piedra y otro que adosa un chaleco con bastante cemento. Después le pegan un relojito al chaleco, un espejito. Le llenan el bolsillo de peces. Otros vienen con llaves, bujías, barro, joyas, escarabajos. Ponen bastante cemento. Unen todo y queda un tótem que a la vez es un podio muy alto y adornado para que el decano diga un discurso. Pero el decano se quedó en su cama esta noche, así que sube una orquesta de jazz y los sonámbulos dan

saltos, se juntan de a 6 o 7 y, amontonados, cuchichean. Y lentamente, muy lentamente, comienza a salir el sol y los sonámbulos se afinan, se derriten, se alargan, estatuas de cera.

LOS FANTASMAS

Esta casa está llena de fantasmas, existe de milagro y en ella cantan los juglares más desdichados. Lo supe por el muro, por la enredadera y por uno de los fantasmas que se me acercó como si yo fuera también una aparición a temer. Hablamos fácilmente de este mundo y del otro. Gritamos fuerte al cielo, mientras los zócalos eran removidos por duendes o por otros fantasmas, en realidad les desconozco la verdadera naturaleza y no distingo jerarquías, si es que las hay. El fantasma que me tocó en suerte era tan misterioso como el que más y voló verticalmente con un susurro y un perfume que yo imaginaba de antemano.

Sabiéndome amigo se juntaron para cantar en la penumbra. Cada tanto me llamaban aparte y me preguntaban si ya sabía sonreír como ellos o si aún creía en la realidad. Yo les respondía sencillamente que cuando saliera de la casa no podría volar ni atravesar la materia, que me remitiría a mi papel de hombre. Agregaba que el encuentro con ellos me llenaba de una fuerza nueva que yo sentía crecer desde muy adentro. También les prometí escribirles un poema. Y aquí está. Pero no me es suficiente la experiencia de la casa, y los veo preñando los árboles o finos en los cables del teléfono y más allá, en la barranca. Sí, ahí están, tirados en el pasto, ayunando y mirando el puente o esperando los caprichosos remolinos del río.

EL CIELO

A aquel galpón lo llamábamos “el cielo”. Lo preferíamos para nuestros desvaríos.

Tuvimos una navidad ahí: el arbolito fue una vieja estufa, una rueda de bicicleta y, arriba, un retrato del abuelo.

Tuvimos que salir a mendigar. Aseguramos la puerta, que no tenía cerrojo, con una piedra.

Cuando vino el diluvio veíamos, desde el cielo, a través de la sucia ventana, cómo todos morían.

Alguien debió habernos confinado para siempre en el cielo, cuando aún estábamos a tiempo.

DIARIO DE UN AGONIZANTE*

1995

*Obtuvo una mención en el concurso anual del Ministerio de Educación y Cultura del año 2000.

49

I

Diarario de un agonizante es:

- 1 – un compendio de color, música y perfumes
- 2 – un instrumento de exploración
- 3 – un collage de fragmentos disímiles en contraposición al discurso monolítico de la poesía
- 4 – vidrios trizados que ostentan un tornasol susceptible de configurar un dibujo variable según el lector
- 5 – piezas permutables (la obscena mostración de un éxtasis vanguardista)
- 6 – crónica de estados libres y gozosos
- 7 – una hipótesis sobre el universo, el amor, la muerte y la transformación de las cosas
- 8 – una sucesión de cabriolas en una galería de espejos
- 9 – un resumen de todo lo escrito, desde Safo hasta Bukowski
- 10 – un intento desesperado por destilar un licor quintaesencial a partir de excremento con la sola ayuda de la sintaxis de un lenguaje de primates

II

Si vas a imaginarme alguna vez tendrá que ser por la mañana. Me gusta la mañana, me gusta empezar. Mi corazón se ha vuelto pequeño y tembloroso. Es un escenario donde caen todas las cometas con colas hechas de boletos capicúas. Las cosas se han aflojado de pronto y se han pues-

to errantes buscando su abismo. Mi corazón viaja por todo mi cuerpo con las velas desplegadas. Es el llanto atravesando los espejos sin cesar, desde el despertar más lejano, que pone lentitud en mis membranas.

Todo esto es para vos.

III

Me desperté tras un sueño liviano. Amanecer con nubes rojas y anaranjadas. Elevación y esplendor. El cielo bajaba a comulgar en las bocas entreabiertas de los árboles. Deambulé por la casa silenciosa, contemplando a los que aún dormían. Vi los sueños. Latían en las sienes. Descargaban en el aire su espada violenta.

Fui tras el amanecer, tras las cosas que empezaban a nacer y a florecer, compelido por el doble peso del enigma.

¡Ojos y alas!

Mi sonrisa descansando en el sillón y mis manos que han empezado a elevarse, titubeantes como una planta que crece en la espesura y da pasos tentativos

buscando

los dones del día

y el rumor de la luz.

IV

Fui un niño lunático, con un género nuevo de lunatismo. Una hermosa niñez fotogénica. Los 15 años fueron detestables: empecé a ver que siempre sería un espectador. Aislado en la fiesta o al menos lo que yo creía que era la fiesta. Ese núcleo, ese centro que atraía todas las cosas hacia sí, las niñas hermosas, la luz, los perfumes y el sonido. Nunca una silla para mí cuando se alzaba el telón. Todo estaba lejos, muy lejos, como cuando de una cama a otra cama, en la noche, en una habitación de mala muerte, uno

escucha que el otro se remueve apenas y se queja.

Pero una noche, caminando sin rumbo, descubro una rugiente bola de fuego, una estrella de sueño definitivo en el cielo angustiado. Y ese centro de vida, de movimiento de relojería y de cascada, esa estrella, me acompaña hasta mi casa, que esa noche es un pabellón dorado, con banderines en el viento.

Y de allí en adelante, frenético, me arrojo contra la oscuridad y la transcurso y la derroto y entro a mi habitación con las sienes en llamas porque esa estrella, desde el fondo de mi ser, me ha incendiado.

V

Tu ternura, horizonte estremecido, es adonde quiero llegar.

Estás viva, reposando en un lecho de flores en el fondo del mar. Viva y a salvo. La noche tiene pestañas de cristal. Tenías una de esas diminutas pestañas envuelta en terciopelo, tenía grabados y poemas microscópicos. La noche anda detrás de ti, te busca. Todos estos días escucho una respiración agitada en el teléfono. Te suplico me envíes nuevas palabras porque a mí también me busca la noche. La leyenda de la que huí está por concluir. De ahora en adelante seré una criatura del espacio sin nombre cometa restallando cerca de las nubes cerca del mar (con mi amor antiguo) (con mi antigua euforia y estilo de soñar).

Sé de tu sonrisa de los espacios interiores, recién planchada, el espasmo de tu noche. Y hoy me siento feliz de entrar en tu país, con todo el cansancio que me conoces.

Vos y yo, esta noche, en la misma estrella.

VI

Cuando las madres dan el beso de las buenas noches a sus hijos, los buscatalentos toman las calles de los sueños. Los negros tocan trémulas melodías de los huesos. Las mujeres bailan desnudas bajo los chorros de agua, festejándolo todo y sin saber que mueren.

La música ha dado dos vueltas al universo para llegar hasta esas calles. Y, ciertamente, todas las cosas están aquí: en nuestro pelo crecerán los frutos, todas las palabras, el sentido último de las cosas, todos nuestros estados físicos, la furia y el sudor.

La primavera se ha posado en mi charco de aguardiente.

VII

Sólo hay una forma de vivir: la imaginación, la poesía, el comienzo de las cosas.

El sueño viene a traernos un regalo para que la vida sea posible.

Es necesario olvidar la vida.

Es necesario ser todas las cosas con alas.

Es necesario elevarse por encima de la propia humanidad.

Escribo este poema para ver cuerpos y almas vibrando al unísono.

VIII

cuando se ha vivido entre fantasmas, ellos han crecido en nuestra sombra y se han alimentado de nuestra fuerza y nuestra claridad; son ellos los que por fin empujan hacia adelante y se los ama como se ama la propia desdicha.

pero se intenta ir en su búsqueda, hacerles frente y es la misma identidad de ellos la que se niega.

ante el rostro del ser amado, donde hemos depositado todos nuestros besos y nuestros sueños, los fantasmas, que se alimentan de besos y de sueños, van errantes y se mantienen enmascarados y secretos.

IX

El amanecer me sorprende escribiendo poesía, rodeado de ensueños, de fantasmas, mi cigarrillo, mi taza de café, mi soledad. Todos emergen del sueño ahora, nadadores del océano del misterio; aprietan los puños, dispuestos a dar la pelea, con el sueño entibiándoles aún las sienes y, sobre todas las cosas, con preocupaciones verdaderas, una causa por la que luchar y debatirse en esta vida.

Abandono mi escondite. Dejo atrás mi casa sosegada. ¡Conozco los caminos de la confusa sangre! Voy a respirar un poco de aire puro. Voy a mezclarme con los que ahora corren en las calles. Quizás encuentre algún rostro, alguien a quien pueda llamar hermano. Pero estoy solo entre ellos. Corren a mi derecha y a mi izquierda como las aguas despeñadas de un río insensato. Triste y conocido espectáculo.

Cierro los ojos, para ver mi harapiento corazón. Estoy solo, rodeado de mis poemas, que siempre han aspirado al cielo, con mis alas, que quizás podrían llevarme a las alturas. Sí, volar alto, tan alto como lo he soñado, en el viento que adoro, mis amigas las nubes. Volar hasta que el diáfano cielo me bañe, con la luz sin límites, aunque nadie me acompañe, mis quimeras tan solo. En el cielo abriré una puerta. ¿Qué importa la soledad de un hombre, si ese hombre ha dado respuesta a las grandes preguntas celestiales?

Quienes sean puros y vean esto, sabrán que es posible y no podrán, jamás, olvidarlo.

El primer guijarro en las aguas del estanque del corazón de dios lo arrojará un poeta y todos los hombres escu-

charán el tintineo de los lirios ponzoñosos mecidos por las ondas de sus mentes.

X

Soy una ilusión mil veces peor que los fantasmas que rodean mi cama. Sus susurros hacen el rumor de una mujer de mi sueño que se me presenta y me dice: “Yo soy la oscuridad” y después alguien sabe que me espera un día dichoso.

Quizás el espectro que ese día se ha levantado en mi lugar.

XI

Se llega a un momento en que la luz del rostro basta para todas las tinieblas.

XII

Todas las canciones del país de la magia hablan de ella. Ella es tan mística que robó un fusil para disparar al cielo, y las nubes se descorren como cortinas ante el trayecto de fuego de sus balas aladas y el corazón de dios es tan displicente que las recibe antes de que aúllen. Ella es tan modesta que el espanto detiene su vuelo vertical, la danza de los peces en los cristales la detiene, la detienen los niños con dedos de abanico de lágrimas, la detiene el planeta errante con la máscara de cera y los mil campos magnéticos. Ella es la mujer de cabellos blancos, ojos absolutamente blancos, lengua de trébol blanco y brazos como riberas estrechando los charcos a la luz del día.

Todas las canciones del país de la magia hablan de ella.

XIII

Los que tocan clarines en las ciudades bombardeadas, los que convencieron a las multitudes con su inspiración, los que conversaron tres días sin parar con las cabezas rapadas y luego saltaron al vacío, los que repitieron las palabras cientos de veces hasta llegar a los centros armónicos del lenguaje y hacer saltar la poesía en pedazos, los que se perforaron el cerebro para introducir gloria, ideas científicas y saludos de cumpleaños, los que liberaron a todos los pájaros de los museos y a todas las esporas de los invernales, los que abrazaron a sus madres, hermanas y amantes antes de partir a abrazar el mar, los que descubrieron los caminos auténticos en medio de la confusión, los que entregaron su sangre sonriendo, los hombres-faros que se irguieron majestuosos en los mares y en los tiempos, los primeros en señalar el cielo y en ser deslumbrados por él y en pagar por su pureza en la oscuridad para siempre, todos ellos se elevan esta mañana, bocas agrias al despertar, ojos que echan raíces en el espejo, buscando la vida, que trepa, libélula en nuestra sangre.

XIV

El universo descansa sobre una canción.

La felicidad sobre un secreto.

Cuando la marea nos haya llevado a la última orilla el secreto se debatirá aún en la sangre, por debajo de la pesadumbre y la humillación. Es esa pequeña recompensa el motor que nos habrá llevado tan lejos. El secreto que siempre mira con ojos de niño el cielo inmenso.

XV

Este libro quiere consignar mi atenta observación de los estados de libertad que experimenta mi propia sangre. Es también un eco de una remota visión del mar descrita desde la posición del ilusionista. Y también es el proceso de la confección de un traje nuevo para vestir a las tinieblas. Una visión, a través de un puerta lateral, de un cementerio donde los muertos lucen lo más naturales posible, es decir, sin haber sido preparados para la ocasión. Un canto enajenado por los perfumes entrecruzados del azúcar, los claveles y la piel de una muchacha. Este libro es, por fin, un peldaño más hacia la comprensión de los misterios de la vida y del violento amor.

XVI

Ella siempre sonríe en mi recuerdo. La sonrisa en su patria. Allí la dejé. Mi sueño y mi recuerdo más antiguo (1982) es su sonrisa. Lo demás son tinieblas y vagas metafísicas. A veces hay un brillo (de los ojos), una mano que viene, refrenada y marítima (hasta podría imaginar que esa mano alcanza mi pelo). Quizás podría reconstruir, con algún esfuerzo, a aquella mujer y tenerla, nueva, y tenderla a mi lado: una mujer hecha de visiones, fervores y anhelos. Pero, al final, ella está quieta en mi recuerdo, cardinal y levemente maligna, inaugurando para mí el amor, cambiándome el curso de la era, mientras sigo a sus pies, hablando del amor, como aquella noche.

Su sonrisa me basta. No necesito saber más para seguirla amando. Pero ahora, en cambio, está saliendo el sol y me sacudo esos penosos atributos, me despojo y me levanto, a sumarme a la algarabía y al concierto de las pequeñas criaturas.

XVII

Hollywood ya no es lo que era.

Fantasmales estrellas en pijama, cómicos con guitarras a modo de patines, bebedores buscando frutas debajo de las lápidas, niñas con pechos de papel celeste brillante deambulan por sus callejuelas.

En 1954 estuve allí y fui asaltado en un callejón: esas bestias están sedientas, aún viven la ficción, están maqui-llados hasta el tope.

Hollywood ya no es lo que era.

Los ángeles se emborrachan con las botellas que encuentran en la basura.

No es ni siquiera una atracción turística.

Es peligroso.

Algunos temen que en algún lugar haya una cámara secreta para realizar los deseos más íntimos.

Pero eso se ha transformado en un ghetto, en una leyenda del paraíso.

XVIII

Paso dos horas por día frente al espejo buscando mi gesto recóndito. Encontré las reseca flores de tus labios magnéticos en una piedra negra pulida, en el azogue y en la cerveza. ¡Oh Realidad! Los periódicos aúllan, se disputan los perfumes, la supremacía. Aún no he terminado de soñar (lo sé por la expansión armónica de mis membranas) y sigo estudiando esa centella de mis ojos en un pequeño espejo

en el fin

de la tierra que se hunde

XIX

Cuando en el baile las muchachas han transpirado tanto que a través del vestido puede vérselas el ombligo y tienen un ligero desmayo cuando las tomamos en nuestros brazos y entreabren la boca como si sostuvieran una almendra entre los dientes y esperan desesperadamente ser besadas y la música, detrás, es un comentario de ese perfume que emana de sus hombros y corre a ocultarse en la oscuridad de los senos y aspiramos profundamente el olor antiguo de sus vestidos, el olor a lluvia de su pelo y suenan las sirenas antitanques sobre el refugio y algunos estallidos lejanos y amortiguados. (...)

XX

El lenguaje nos fue dado como vehículo para establecer un puente aéreo fulgurante desde las cavernas de un ser a las de otro ser. Expresión de emociones sagradas, pensamientos sagrados y de toda cosa salida del corazón y destinada a otro corazón. La confesión hecha desde la zona más pura e incontaminada del alma para provocar, siempre, la risa gozosa y el llanto profundo. La palabra será conmovedora o no será.

XXI

ante todo

un hombre es

la sangre obstinada y oscura

escalando las cumbres de la luz

XXII

Trato de bailar mientras escribo, reír en mis escritos, llorar, arengar, evacuar los abscesos, trascender mi circunstancia. Escribo, con los instrumentos evocados, con todo el arsenal de la especie, manteniendo los territorios conquistados y plantando banderas en regiones inexploradas.

XXIII

He cerrado los ojos para meditar mi vida y mi tiempo.

He visto una caverna con las paredes hechas de rubíes y, adentro, estaban todos los milagros. Luego he visto un bosque y me he reconocido a mí mismo extraviado, dudando de mi destino, sin Beatriz y sin Virgilio. Entré a una cámara secreta donde mis deseos más íntimos se verían realizados, pero los monstruos que se materializaban a mi alrededor me espantaron. Luego vi la casa de mi niñez con las puertas cerradas y sin el canto de mi madre.

Entonces di por terminada mi meditación y abrí los ojos y te vi a ti, con el cabello muy largo como lo tienes ahora.

XXIV

todo lo que hemos visto, todo lo que hemos oído, las pequeñas vidas, todas esas comedias tras las ventanas, los gritos, los edificios navegando lentamente, los perfumes en la incansable y cóncava memoria, la jornada sideral de las estrellas, los sentimientos que nos llenaron el pecho y los ojos, nuestras caras flameando desde el sueño, la ceniza meteórica,

oh cementerios de autos de todo el universo

oh sangre derramada en remembranza

todo cuanto pasó, todo aquello, la flor recóndita y el diamante pródigo, el vino largo tiempo refrescado bajo la tierra, el obstinado pulso del tiempo y de las cosas, todo, todo lo que agregó una perla al árbol del misterio y huyó como las luminosas espaldas de las aguas, todo lo que el misterio engendró, prisma increíble, inicia otra serie de galerías infinitas, regresa al misterio, inconcebible, fatal y soberano.

Tomad pues, vuestros paraguas y penetrad en lo desconocido.

XXV

EL MAR ESTA EN NUESTROS HUESOS

RECORDANDO UNA CANCION TRISTE Y HERMOSA

QUE PONE TEMBLOR EN NUESTRA SANGRE

XXVI

Hay belleza, estoy seguro, en los hombres cansados. Piénsese si no en un poeta que en la plenitud de sus medios libera lo más fresco que hay en él, lo que auténticamente estaba en él, como un mar vacilante que llevara dentro suyo y que así, de pronto, ha asomado como una lágrima. Véaselo después, habiendo dispersado sus fuerzas, desalentado tal vez, en la curva del descenso definitivo. Lo que escribe defrauda a quienes lo siguen, pero hay un verso, que se levanta, majestuoso, desde el centro de su experiencia, por amarga que esta sea, un verso que él ha dejado caer apenas, como quien arroja un guante y que brilla con toda la fuerza de un desafío; un hombre que lucha y se debate, aún, a pesar de todo, pequeño e inverosímil en el universo y contra el universo.

XXVII

Descubrí que algunos de mis amigos son personajes fantásticos, seres de otro tiempo, sacados de alguna extraña novela lejana y mística. Ellos están entre nosotros, con esa luz escondida y no son notados. Sólo cuando irrumpe la magia ellos aparecen y actúan. Su lugar no es ni un palacio, ni un volcán, ni una caja de fósforos. Están allí, simplemente.

Todos somos cebollas y tras las capas de gasa, una y otra, tenemos un centro duro como un diamante. En todas partes pueden hallarse seres inmateriales y fantásticos, maravillosos y enamorados. El mundo les pertenece.

XXVIII

Me gustaría hacer un viaje.

Tomaría el tren una mañana con mucha neblina.

Tendría una medialuna con jamón en el bolsillo del saco.

Me apearía en el más recóndito pueblito del interior.

Acariciaría al perrito de la estación, que tendría los ojitos amarillos, brillantes como los botones de mi camisa.

Por más que fuera pequeño, sin costas ni librerías, el pueblito tendría un hotel.

Ahí me alojaría, pasando largas tardes fumando y leyendo.

Esperaría las noches con terror y deleite.

Entonces abriría la ventana, me recostaría en el alféizar, en camiseta y con un buen mate.

XXIX

al menor gesto de tu mano
mariposas blancas nacen de la madera
tan portentosamente

que el universo entero retiene el aliento
y se siente desolado.

XXX

el hombre no fue creado para luchar por un agujero ni para padecer las mezquindades de la vida cotidiana, el hombre está listo para entrar al paraíso

vendrá la revolución y la primavera y ambas serán bellas, no pueden no serlo, el hombre con ojos de luz caliente ya no puede esperar

detente oh tú hombre de frente ensombrecida de preocupación, ya están aquí las flores, extiende tu mano y saboréalas

trabaja todos los días sin descanso y luego tírate en la hierba y escucha el canto de los pájaros y abraza tus sueños más queridos y cuídate de seguir la dirección a donde apuntan y luego levántate y brilla, ¡siempre adelante mago!

XXXI

Todas las cosas están cantando y danzando y el poeta sale a las calles a sumarse a la algarabía antes de que termine el día y ve la luna, que es una propaganda de ESSO y el último bastión de la blancura y espera encontrar a otros locos santos bodhisattvas en su vuelo vertical, pues él mismo es un loco santo bodhisattva desde aquella lejana noche de tristeza.

Los corazones se han desatado en los pechos buscando el amanecer tragedia de luz y ataúdes de niños en la habitación de Eladio Linacero (hoy he visto todo esto) estrellas

pequeñas se debatían en el vacío, estrellas-cerezas de mi sueño he atravesado miles de ricas escenas todo el mundo ha brillado para mí.

El poeta, vestido de samurai desdeña la loca excitación del párrafo anterior.

Busca versos pulidos. Es su forma de darle patadas en el culo a la muerte.

Derrama poesía oscura sobre su mesa desnuda como un yunque. Cantos ceremoniales a una bandera de vino pálido. Toma su pluma, se pone su ostentosa camisa de Lord Byron y empieza.

El fuego artificial en las negras aguas perfumadas. Los tabiques son finos y puedo oír por las noches cómo ellos hacen el amor, imaginando su cara conmovida por el orgasmo, soñando cosas de belleza, así siempre, mi amigo Darío y el Garfio Acuático y un poema de Artaud que hoy he leído.

XXXII

Quiero escribir un poema que sea una enumeración de mis amigos. Sus nombres y apellidos. De las simples letras se desprenderá la música que deseo.

Acariciaría la página como si yo fuera el viento que levantara la cabeza desde los remolinos de algún sótano y se mezclara con las hebras de sus cabellos.

Uno por uno. Todos mis amigos. Formarían una red, un mapa. Sería mi retrato del infinito. Mi sonda de rubies arrojada al océano de la leyenda, del color.

Mis amigos, piedras, cometas, agua parpadeante en la cúpula de la aurora, corazones religiosos ataviados de sueño, dinastía de saqueadores del cielo, dioses vagabundos de las ciudades sedientas. Quiero celebrar a todos mis amigos, pasar por sus cielos como una flecha, aposentarme en sus vidas como un manto de hierba perlado de diamantes.

tes, como el olor santo del pan por la mañana, como el amplio gesto de un bosque que respira. Quiero cantarlos, a todos ellos, cantarlos y hacer justicia. Seguir mi impulso y mi amor de cascada y cantar. Ellos son las estaciones junto al camino en las que me detengo en mi peregrinaje, son los faros de rostros manchados de lluvia y de silencio, la lentitud refrenada de las albas circulares, los niños de ojos visionarios, los héroes, los ángeles, las musas, los que naufragaron en las costas del paraíso y van errantes buscando el amor indestructible. Quiero celebrar a todos mis amigos. Y hoy tengo el corazón lleno, de un río de estrellas, que no declinan.

XXXIII

Tengo una sobrina de 3 años que se llama Melisa. La última primavera dimos nuestro primer paseo juntos. Ella llevaba un globo en la mano. Un golpe de viento se lo arrebató y lo llevó calle abajo. Melisa echó a correr detrás de su querido globito pero sus manos eran demasiado pequeñas para poder asirlo y el viento lo alejaba más y más. Finalmente corrí yo mismo y lo rescaté, pero antes de detenerlo miré la carita de la niña y la vi sacudida por la desesperación más conmovedora y genuina que sea posible en un rostro. Desde ese momento tengo miedo. El viento puede llevarse los globos de los niños y no quiero volver a ver un rostro conmocionado como el de esa niña que llevé de la mano.

Esta es una noche muy especial. Se celebró la fiesta de fin de año del jardín de infantes al que va Melisa. Los niños bailaron diferentes números musicales ante sus padres y familiares. El espectáculo resultaba tierno pero no había logrado ganarme por entero hasta cerca del final. Los altoparlantes empezaron a irradiar un candombe impresionante que hizo que todo el mundo —unas 1.000 perso-

nas— se pusieran de pie. El escenario estaba vacío. Desde una puerta lateral aparecieron uno niños vestidos como un conjunto de lubolos. Escobilleros, mamaviejas, tamborileros. Niños de 2 y 3 años. La gente estaba como encantada. Se escuchaban aplausos, silbidos, gritos. Una corriente de fuego recorrió las gradas del estadio. Algo estaba ocurriendo. Los pechos estaban henchidos de emoción, llenos de un sonoro retumbo. Y entonces ocurrió el milagro: una niña pequeñita apareció en el escenario, sola, alzando con sus bracitos frágiles un estandarte. Avanzaba, avanzaba. Y todos los rostros volvieron, todas las pupilas brillaron, todas las bocas se abrieron y soltaron un «iahhh!» y esa niña con el estandarte avanzaba y avanzaba y de pronto fue el triunfo, fue los inflamados poemas de Blok, de Essenin, de Maiacovski, fue una mano limpiando la frente de un moribundo, fue un hombre que se abre las venas a dentelladas en una inmundada mazmorra de la dictadura, fue las de Eladio Linacero al alzar los brazos y atravesar con sus manos las negras aguas de la historia y modelar con sus dedos el rostro de un dios, fue Eladio Linacero, al encontrar la perla sagrada: «Esta es la noche. Quien no pudo sentirla así no la conoce. Todo en la vida es mierda y por lo menos hay que tener el valor de no usar pretextos», fue la sangre clamorosa en la victoria y en el éxtasis, fue la realidad de 1.000 corazones estremecidos y vueltos a la vida por un sople de misterio y con una fuerza tal que rebosaran esa belleza para toda la eternidad y para todos los corazones que estuvieran sedientos y errantes. ¿Acaso podéis imaginaros algo más hermoso y tremendo que una niña chiquita con un estandarte que avanza? El augurio más hermoso, una semilla en la tierra abierta y anhelante, un pequeño corazón que dice: «Yo seré fuerte. Seré justo. Y la mezquindad no podrá tocarme». La vida se anuncia más grandiosa que la perspectiva del mar, ese gran señor digno, orgulloso y rebelde, que agita de furia y de ternura sus puños y cabellos, enorme, hospitalario, fecundo, lleno de vida, de luz y de santidad.

Después de eso salí a la calle y me fui a casa, caminando lentamente y pensando cosas todavía. Levanté el rostro hasta las estrellas y vi que las estrellas son buenas. Dejé que rodaran por mis mejillas, por mis párpados irisados. Pensé en el mundo dentro de 2.000 años, cuando, como dice Maiacovski, al llamado «¡Camarada!» se dará vuelta toda la tierra y estas mismas estrellas estarán, ¡viejas estrellas!, estarán viviendo esa fiesta, aunque vos y yo ya no estaremos.

Seremos flores en la mano de una niña, seremos ángeles que irán a visitar el tranquilo coloquio de los enamorados, seremos el agua que saborea un hombre sediento. Pensé en el amor dentro de 2.000 años, en el color que tendrá la tierra cuando se alce el sol, en los árboles juntos a los ríos rumorosos, en olor del pan, en la poesía, en las viejas estrellas que entonces continuarán latiendo y dando su luz a los rostros de las doncellas y en el viento que ya nunca más se llevará los globos de los niños.

XXXIV

Pasamos la tarde juntos, como siempre desde que compartimos nuestra vidas y yo sentía que las emociones eran oleadas que me embargaban y me tenían a la deriva en un océano desconocido.

Una canción me hizo abandonarme a la tristeza, a la melancolía y al ansia de destrucción mirando tu cara, tú, que me amas con todas tus fuerzas, preferí mis heridas que una vez más hube de restañar. Los fantasmas me rodearon como asechanzas oscuras. Con sus rostros que son hermosos porque son imposibles y una vez más los preferí a tu rostro, a la realidad palpitante de tu ser. Elegí la furia de esos espectros agitados al remanso de tu mirada, atraído por un abismo irresistible, todopoderoso y maldito. Mis ojos vueltos hacia mi corazón, elevada cabellera del vene-

no. Una voz mordedora y central me gritó: «eres débil; a menudo estás en el infierno; injurias lo más alto que hay en las personas; justo sería que el viento dispersara tu alma como lo hace con las pálidas flores de la muerte». Entonces un llanto unánime colmó mis orillas y rebasó las empalizadas de mi ser y las ventanas de mis hogueras. Lejos del esplendor, interrogué a las negras paredes de mi laberinto y comprendí que el dolor, a pesar de todo, no logró aniquilarme y que mi vida es todavía el destello de los diamantes ornamentales de las aguas, cuyo eco recoge tu rostro que me ama y que me mira.

Pero ¿cómo olvidar que por un momento me ahogaba? ¿Cómo olvidar el orgulloso veneno, hijo de mi sangre? Sí: la desdicha despierta con nosotros cada mañana y sobrevuela nuestro camino a la espera de la vacilación, para hundir sus garras brutales en la conciencia.

Pero la conciencia aspira al cielo, como las manos se elevan hacia el rostro del ser que nos ama, ese rostro sol que amamos con cansancio, con dolor, con desesperación.

Y volví a la luz perfumada de tu rostro elegido, como un hombre que regresa de una pesadilla, temblando entre los cuerpos muertos elevados por las olas. Volví a tu rostro a través de todos los rumores, de todos los fantasmas, de todas las tinieblas, de todas las quimeras. Regresé, resucitado, constelado por una felicidad que me pareció auténtica y nueva y que se realizó en mí como un sacramento, como un elixir que me colmó. Llegué por fin a tu rostro: galaxia de perfume, música y color cuya contemplación me llenó de maravilla.

VIDAS SUNTUOSAS*

1996

*Primer Premio Intendencia Municipal de Montevideo, Narrativa, 1996 y Primer premio Ministerio de Educación y Cultura de Narrativa, año 2000.

69

JUAN MORGAN, POETA

Juan Morgan salió a la vida un día de 1958, con el sol alto y las emociones encabritadas. Pasó por la casa de su novia, una rubia adjetiva que por entonces amaba. Se dice que aquella entrevista fue decisiva para ambos, en muchos aspectos. Morgan, con el cabello cortado al rape, le prometió una granja en un pueblito del interior. Le prometió una vida regalada y feliz pero impuso una condición: que la rubia lo acompañara hasta una editorial de la que Morgan había oído hablar. Allí, según los rumores, se estaba cocinando una interesante movida poética, con los jóvenes alaridos desgarrados. Todas las tendencias, todos los fermentos que corrían por los ductos subterráneos de Montevideo. La novia de Morgan objetó que los editores no entienden nada y que muchísimo menos iban a entender la poesía “gótica” de su novio.

Morgan se rebeló contra la violencia de ese epíteto, pero se había jurado no discutir con Andrea en materia de poesía desde una vez en que la había oído decir que Pavese era un pobre desgraciado. Lo que ocurrió después es materia de conjeturas. Morgan desapareció de la ciudad y Andrea no supo de él por unas cuantas semanas.

Los amigos más cercanos de Morgan pensaron que el poeta estaría acuartelado en Xanadú, una villa en las afueras que Morgan solía visitar en sus frecuentes bajones depresivos y curas de desintoxicación. Pero Morgan no estaba en Xanadú, ni en ninguna casa de conocidos, ni en ninguna parte. Todos lo dieron por muerto. Su grotesca adicción al alcohol y a las anfetaminas podría haberlo llevado a la tumba. No obstante, un sábado de abril de 1959, Morgan reapareció por Montevideo. Dijo que había estado en un manicomio de Valparaíso, en el Macchu Picchu y en las montañas de México junto a los indios Tarahumara. Andrea, su antigua novia, le reprochó, con lágrimas, la estupidez del poeta, dándole, de tanto en tanto, esos puñetazos histéri-

cos que las mujeres suelen propinar en el pecho a sus amantes. Morgan tuvo que encarar la soledad. Pero se trató esta vez de una soledad intensa y productiva donde el poeta ensayó todas las posibilidades de la métrica y del lenguaje. Ranuró tarjetas y las procesó en una computadora que alimentaba con series de repeticiones y permutaciones ad infinitum, Así destrozó “CAPITAL DEL DOLOR” de Paul Eluard; trizó cada verso y los mezcló con páginas de “EXPRESO NOVA” de William Burroughs, “El hombre sin atributos” de Robert Musil y “EL CAPITAL” de Karl Marx. Desconforme con los resultados, afiebrado por el trabajo y compelido por el doble peso de la tarea aún no realizada, grabó sonidos en cintas magnetofónicas y trató de reconstruir fragmentos impresionistas, redactando con un procedimiento bastante aproximado al del músico o el montajista. En octubre de 1960 tuvo un accidente en su estudio. Estuvo internado por una quemadura grave. En noviembre de ese año apareció su primer libro de versos: Juan Morgan, “LAS ISLAS INVITADAS”. Tratábase de un librito que recogía la herencia de los románticos ingleses y alemanes, pasaba de largo por el surrealismo, tomando de él lo válido en su hora y terminaba clavándose como un dardo en el blanco del hermetismo italiano.

El libro pasó desapercibido. No tuvo críticas. Los poetas no saludaban a Morgan ni lo tenían en consideración para nada. Morgan ya era un maldito. Para vengarse de los filisteos volvió a raparse y organizó una brigada unipersonal de grafiteros para fustigar a los “BOLUDOS Y PETIMETRES”. En enero de 1961 Morgan fue internado en un manicomio de Bogotá, totalmente alucinado de ácido. Regresó a la patria: “Ustedes no saben lo que siente un pibe como yo al regresar a Montevideo, la docta. No se imaginan el estrechamiento genuino de un poeta que ama a su ciudad, que la venera y que le hace el amor a su manera”.

Morgan se estaba poniendo apasionado. Cortejó a varias mujeres pero su creciente estrabismo sentaba un mal precedente. Desde entonces empezó a usar gafas oscuras.

Había elaborado un hermoso texto durante su estadía en el manicomio. Esta vez se trataba de las declaraciones más o menos íntimas de un soñador loco, brillante, voluntarioso y audaz. Los críticos tuvieron que pronunciarse sobre las nuevas prosas de Morgan. No podía negarse que a través del cerebro de aquel joven estaba pasando la mejor poesía de Montevideo por aquellos años. Morgan, ahora invitado a vernisajes y conferencias, concurría con un traje de buzo y hacía su aparatosa entrada ante las miradas cortadas de los circunstantes.

En una entrevista que concedió, explicó esta actitud suya diciendo que “el artista es un buzo del inconciente, que toca con las manos cosas todavía sin nombre, cosas errantes y fantasmagóricas que son sus herramientas de trabajo y con las que los demás no se atreven a soñar”.

Nadie sabía de qué vivía Morgan. Sus padres habían muerto y no tenía otra familia. No tenía propiedades, ni rentas, ni nada que pudiera explicar la holgura de príncipe con que el poeta se movía en el mundo, de una parte a otra, derrotando ciudades populosas con una sola tierna mirada de sus grandes ojos italianos. Morgan no contaba con dinero y no tenía la menor idea de cómo obtenerlo. De tenerlo, además, lo habría regalado porque no tenía idea de lo que podía hacerse con el dinero. Sus amigos le señalaban ropajes en las vidrieras y Morgan se quedaba mirando como un idiota y al rato decía: “¿Y eso puede comprarse con dinero?” No entendía. Morgan era un adicto a las anfetaminas desde los 15 años. Tenía una estructura mental simple aunque difícil de dilucidar. Las posibilidades de razonar las cosas y de llegar a conclusiones atinadas habían sido desplazadas casi completamente por la pasión desorbitada, la imaginación, el sueño y la magia. Morgan no entendía otra cosa que el arte. Era un monstruo. La vida le parecía por completo desdeñable si no se hallaba en conexión íntima con un principio trascendente que lo volviera a poner en comunicación con un magma que él llamaba “la poesía” y, a veces, simplemente, “la vida”. Tenía esa extraña en-

fermedad del ojo que Henry Miller describió en “Trópico de Capricornio”. Morgan veía lo que no debía verse. Lo insólito en lo insólito, lo maravilloso, lo instantáneo, las guiñadas de los dioses, las músicas en la otra esquina de la calle, los golpes de su sangre en sus sienes. Morgan cantó todo esto y dejó testimonios de su experiencia de poeta alquimista. Se valió de crisoles, de computadoras. Se valió de las estrellas cuando estas invitan a llorar. Morgan desvió la cara y compuso los poemas que muchos jóvenes de ese momento esperaban.

Morgan escribía. Se la pasaba encerrado probando colores, mezclándolos con sentidos vivos, con sentidos inertes. Escribió transfiguraciones del mar, simbiosis de la luna y el sol, saltos de agua inmensas y rientes. Así nació “AGUA SALVAJE”, su tercer libro. Ahora Morgan había experimentado a fondo, durante tres años, con una poesía aleatoria y blasfema. Ahora Morgan tenía una cara, un corazón y una patria. Sentía ese orgullo que solo los poetas pueden experimentar cuando han conquistado un nuevo territorio y plantado una altiva bandera. Se sentía llamado a una tarea de restauración de la sociedad y del universo. Se veía a sí mismo cambiando las flores de sitio como piezas de ajedrez. “Soy un geólogo, un matemático, un arqueólogo. Cada frase oída en la calle puedo hacerla sonar durante 15 minutos en mi cabeza. Después la tamizo como lo hacían los buscadores de oro en California, casco cada frase me mastico su sentido y me quedo con las palabras, que brillan. Las hago bailar, las pinto y las guardo en mis anaqueles, junto a otras palabras maravillosas que he coleccionado y que constituyen mi acerbo poético. Mi poesía va a terminar algún día porque uso 200 o 300 palabras solamente, que mezclo de acuerdo a diferencias de temperatura y de código poético, de tono y de memoria auditiva y visual. Así progreso en el lenguaje, lo descubro cada día y lo pongo a consideración de mis brazos, que actúan como los cinceles de un escultor”.

La experimentación de Morgan no tenía fin. Escribía en tarjetas, recortaba, pegaba fotografías con textos, escribía en forma automática, releía lo escrito, lo grababa y lo escuchaba, corregía o tiraba sin corregir. Llevaba carpetas con títulos y colores diferentes. La azul era el mar, la verde el prado, la blanca la muerte, la negra dios. Tenía nemotecnias para los colores. Listas y clasificaciones de perfumes. Morgan era un monstruo de los olores. Tenía muchos fijados en la memoria, asociados a recuerdos precisos. Olores premonitorios de ciertos estados afectivos, olores embriagadores, olores de mujer y de pachulí. Todos los queridos olores bailaban en la mente de Juan Morgan.

En 1964 Morgan parecía un león, la frente amplia, la nariz gruesa, casi bestial, los pómulos muy acusados, la boca cruel y el mentón altivo. Su cabellera era singular, como la de David Vanian. Tras varios arrestos por hurtos reiterados, Morgan se halló nuevamente en condiciones de trabajar. “Quiero dejar de ser el VIEJO DINOSAURIO DARY que he sido hasta ahora. ¡Voy a ensayar una poesía gacela, una poesía very cool a mitad de camino del lenguaje y del entendimiento!” Así salió su libro “EL HOMBRE CAMALEOPARDO”, una grotesca exposición de tipos urbanos mostrando toda la fealdad que encierra el ser humano durante una de las fases más pestilentes de los grandes imperios del planeta. Morgan soñaba con el socialismo, soñaba con la revolución de la mujer, soñaba con seres integrales de poesía de carne y hueso.

En 1965 Juan Morgan se casó. “Fui hasta las manos de anfetetas”. Sería por eso que lo nota ron muy jovial, afecto a las bromas que eran festejadas por la creciente masa de jóvenes que ya lo acompañaban a todas partes. En esa fiesta estuvo la brigada punk “Los Destruction”, tomando vino tinto suelto y jalando Rohypinol y gritando: “¡Se casa el Morgan!” Fueron desalojados y apaleados en la puerta del Registro Civil por la sanguinaria policía de 1965.

Morgan hizo declaraciones comentando el hecho y fue encarcelado por un tiempo, “Esa mierda de mazmorra te-

nía más ratas que la concha de su madre. Pero me dieron papel y escribí este libro que se llama «CIUDADES INTERIORES», las experiencias psicodélicas de un poeta en prisión”. «CIUDADES INTERIORES» se publicó en 1966. Libro faro en la trayectoria de Morgan. Parece ser que Morgan se transformó en un Sandokán cuando estaba en cana. Digno sueño de un escritor. Ahora actuaba por aproximaciones verbales unidas por débiles trazos de circunstanciación. Un libro torrencial, 250 páginas de una poesía rocanrolera y abanderada por el socialismo. Tras la edición del libro hubo manifestaciones callejeras y desórdenes varios con disparos, bombas de olor y cigarrillos apagados en helados. La policía azotó a los jóvenes seguidores de Morgan. El mismo Morgan apareció por televisión, con las gafas oscuras, diciendo que “los sucios policías se pueden ir a la concha de su madre”. En 1967 su situación se hizo insostenible y marchó al exilio: Suecia. “Esos putos militares van a mandar este mundo a la hoguera. Acá estoy en Suecia, muy aburrido. Los jóvenes me mandan cartas y cosas por correo. La semana pasada me mandaron una herradura. Todavía tengo tu orquídea, Carla. Besos a todos”. En 1968 publicó 3 libros de poesía en Suecia: “MUNDOS COHABITADOS”, “BASURA” y “PARÍS BRILLA A LA LUZ DE LA LUNA”. Hablar de la poesía de Morgan a esta altura se torna dificultoso. Nadie ha cavado más hondo. Nadie es tan demente como Morgan. Morgan es el UNO de la poesía mundial. Llueven los premios sobre él: España, Suiza, Alemania, Francia, Estados Unidos. Es internado por sobredosis de heroína. Al salir viaja. Va a Cuba, a Nicaragua y a El Salvador. Agita a los poetas de esos lugares pero es tomado por loco y debe abandonar El Salvador.

En 1972 aparece por Montevideo. Lo bajan en helicóptero hasta la pista oficial y allí pronuncia un discurso ante 120 jóvenes enardecidos. “Hasta la victoria siempre”, dice al despedirse y es alzado en la escalerilla. La policía llega al lugar 2 minutos después, como sabuesos, buscando a

Morgan, al maldito prosaico Morgan. Vuelve a Suecia y toma ácido en los bosques. Se demora todas las tardes en la espesura y canta. Ahora Morgan toca el piano y compone canciones. En 1973 conoce a 3 jóvenes y forman una banda de rock'n'roll que llaman "Los malayos". Salen a la palestra con un álbum impresionante de rock glam con coloridas letras de Morgan. Morgan toma cocaína.

Pocos meses después se disuelve la banda y Morgan declara: "Uno de ellos me amenazó con un pico de botella rota de cerveza en un ensayo y no pude encarar". Morgan viaja a Nueva York y después a Hollywood. Increíblemente, aparece como extra en un film de propaganda, haciendo movimientos inverosímiles por 5 dólares la hora. Es de las primeras veces que Morgan cuenta con dinero. Da fiestas en Beverly Hills y una noche se tira a una piscina vestido de etiqueta. Fuma puros y lee la prensa oficial más pestilente de Estados Unidos. "Fuck off", lo oye exclamar a menudo su esposa y sus dos hijas Catalina y Genoveva.

Morgan tiene un lenguaje propio que sólo entienden él y algunos amigos muy íntimos: "Rodante", "ñusca", "orate", etc. Pero él solo desea una cosa: regresar a la patria, besar las calles de Montevideo, el Templo Inglés, la escollera. Catalina dice que quiere conocer Uruguay. En 1974 llegan a Montevideo. Es hospedado y protegido por los camaradas que trabajan en la clandestinidad. Morgan proyecta un libro-enciclopedia para dejar en Montevideo, "MILIBARES DE LA TORMENTA", publicado en 1975. Morgan había captado los momentos más sublimes de los adictos al opio y los había vertido con una belleza y una ductilidad que es imposible de transmitir si no es con el libro abierto. Tenía 20 manuscritos inéditos. Había manuscritos en manos de otras personas. Toda clase de olvidos. No podía parar de trabajar porque eso era para él lo más divertido, más divertido que la diversión. "Prefiero trabajar, prefiero trabajar. Cuando era chaval me levantaba a las 2 de la tarde y me rascaba el culo todo el día. Pero ahora estoy en otra. No me llueven los cheques pero cada tanto pego alguno. Y voy

a comprar un vidrio para pasar la noche. Nadie me molesta. Es más, me respetan. Dicen:”ahí va Juan Morgan, el escritor”.

Morgan es un caballero extraordinario, de otro tiempo. Habla maravillosamente e impacta a la gente. Pero jamás dice “Yo soy Juan Morgan” o se identifica y abre su corazón ante cualquiera. Tiene la desesperación de la poesía. Está enamorado de su arte. Jamás parará de hacer poesía y de mejorarla constantemente, conquistando un espacio para los hombres, un mundo habitable para los hombres. En 1976 aparecen “TU ARSENAL” y “MOVIMIENTOS ORQUESTALES EN LA OSCURIDAD”, dos opus nuevos, dos golosinas extraordinarias. En 1977 “HUMO”. En 1978 “LAS MIL Y UNA NOCHES”. En 1979 “CEREMONIA SECRETA” y “LA LEY DE LA CALLE”. En 1980 “EL ESPEJO”, “ANDREI RUBLEV” y “LA GIOCONDA”. En 1981 “LOS SIETE SAMURAI” y “LA VENUS DE MILO”. En 1982 “LA CAPILLA SIXTINA”, “LEAUTRÉAMONT” y “BEETHOVEN”. En 1983 es hallado muerto en su apartamento en Pisa, víctima de una sobredosis de heroína. Los jóvenes todavía recordamos a Morgan, flaco, al borde de la muerte por el maldito caballo diciéndonos: “Ve a buscar el alba, ve a buscar la noche, ve a buscar la primavera, ve a buscar a tus hijos, ve a buscar el horizonte repleto de bombones, ve a buscar el capullo en los senos de tu niña, ve a buscar las sonrisas de la tierra, ve a buscar las semillas de la tierra, las cenizas de la tierra y el canto de la alondra”. Desde la distancia hacemos llegar este sencillo homenaje para aquel que fue un poeta y un revolucionario, que odiaba a los filisteos y a los esbirros. Su canto resonará para siempre en nuestros corazones libertarios. Y llegará el día, por él tantas veces soñado, el día del socialismo, el día de la revolución de la mujer y el día de los seres integrales de poesía de carne y hueso.

LA GIOCONDA

Me quedé solo ante la Gioconda. Ví su aura de bruja y sentí su lento perfume venir a mí. Me acerqué más al cuadro. Se animó. Sonrió. Y luego salió de la tela y se transformó en una mujer real, a mi lado. Me mostró una marca bastante profunda en el muslo. Dijo que era una especie de tortura a que había sido sometida. No le creí. Abrió la ventana con intenciones de volar. Su ropa se estremeció y se deslizó en sus hombros. Quise estrellar mi vaso de vodka en la pared. La besé como si fuera la última mujer en mi vida. Le devoré los labios y los senos y después la tendí sobre un mantón color rosa.

El recuerdo de sus pequeñas nalgas me daría coraje, después, en la niebla. Te muerdo, bella, le dije y le mordí el brazo suavemente, dulcemente, aspirando profundamente su emanación. Su aliento jugaba en el mío. Tuve su flor húmeda entre los dedos. La perfecta flor femenina, como en un rito de terror y nostalgia. Giramos, giramos. No hablaba. Cantaba. No caminaba. Bailaba, Fui tras ella en la habitación y recliné mi cabeza sobre la suya (nuestras cabezas siamesas) y después recliné mi cabeza sobre su corazón.

*

Fuimos al parque. Se puso las gafas negras para disimular que había llorado o, tal vez, para no exhibir su bochorno por la ejecución que había presenciado en la plaza pública la noche anterior a nuestro encuentro. Lo supe por sus manos que se elevaban hacia mí. En ellas descubrí que ella estaba por morir. Nos sentamos junto al estanque, al atardecer. Con una rama de eucalipto acariciaba a los peces. Cayó la noche. Nos quedamos conversando como dos hermanos pequeños en la vieja casa familiar con manchas de humedad en las paredes. Encendí fuego con hojas secas

y fósforos apagados y lo sostuve entre mis zapatos. Las llamas tenían los movimientos de una ardilla. Lo levanté, sin quemarme, y se lo obsequié. Las llamas, ahora altas en sus manos, dibujaron la luna azul de los condenados. De su centro pendía una estalactita que empezó a chorrear leche. Estaba tibia. La Gioconda y yo la bebimos. Dimos un paseo. Los botes amarrados en la orilla estaban silenciosos y como tristes. Se tendió en uno de ellos y se quedó dormida.

*

Su camisa estaba abierta. Su seno afloró como la cabeza de un delfín bajo el hielo. Lo apretó suavemente contra mis labios.

*

Somos dos seres imaginarios. Ella con su botella de aristas de miel y yo a sus pies, abriendo y cerrando los ojos como asustado, o quizás, un poco preocupado.

*

Estoy exhausto. Ella duerme. No sé que será de mí. Veo la habitación arremolinarse. La veo tendida con un diamante en el seno. Aún sonrío, Le conté una pequeña historia viciosa y mística. Respira tranquila. Velaré su seno hasta que regrese al cuadro, al pasado al que pertenece. Mientras tanto mi sangre lleva todos los pulsos de la cólera. Mientras tanto mi sangre navega confusa y yo siento toda la noche en mi frente, como la marcha de un ejército.

Me pregunto si estas palabras serán suficientes para salvar mi alma. A mi lado tengo una botella, pero está llena de ceniza. Me pregunto a qué pasado regresará la Gioconda y si podrá sentirme cuando, en una cálida noche de abril, frente a su retrato, lllore lentamente por ella.

DYLAN Y LAS SIRENAS

I

Cuando Dylan Fuentes contaba con 6 años de edad se halló, por primera vez en su vida, en posesión de dinero. Compró sus figurines preferidos (los de moda francesa) y los saboreó por las calles que bordeaban la iglesia del pueblo. Ya no quería volver a su casa. Nunca, nunca más. Un niño vagabundo. Eso estaba bien.

En la parte de atrás de la iglesia, descubrió una escalera de hierro y la subió. Llegó al tejado, que estaba habitado por una banda de gatos de ojos meridionales. Trabajó amistad con ellos y explicó sus planes. Los gatos contemplaron a Dylan con asombro y tomaron los bizcochos de anís que él les ofreció. La merienda se prolongó hasta la noche. Poco a poco, así como el aceite va infiltrándose en un paño, el sueño ganó la conciencia de Dylan. Lo que sigue es la reconstrucción de sus sueños en el tejado de la iglesia, un día de fines de guerra.

II

Querido nieto: Hoy Butler terminó tu retrato, en el que trabajó por espacio de 5 soles. Había mezclado los colores con el veneno, tal como decía el Códex. Agregó un brebaje a base de eléboro, achicoria, lúpulo, manzanilla y asarabácara para elevar la melancolía de tus ojos. Dejamos el cuadro ante la ventana para que tomara los rayos de las lunas intermedias, Poco después, al volver, con Butler, vimos, con gran asombro, que habías desaparecido de la tela, dejando sólo tu contorno y tu aura. Encontramos una carta firmada por Alexander Chaucer, capitán de navío. Decía: "Tomamos al niño porque con su hermosura atraerá a las sirenas rebeldes de los maelströms del confín ártico".

III

Querido abuelito: Hace días que estamos en alta mar. Anoche hubo una fiesta y tomé un vaso de ron. Quedé totalmente atontado. Un marinero me leyó las líneas de la mano y me dijo que seré un hombre muy rico. No puedes imaginarte las estrellas en el océano. Surcan el firmamento perladas telas de araña, arcoiris de las alondras azules, escarabajos con su bola de estiércol, espirales de oro y empalizadas de esmeralda. Cuando encontremos a las sirenas me casaré con la más hermosa. No me extrañes, abuelito, pronto estaré en casa y tú y la abuela y papá y mamá y miriam y rosana haremos una unión de fuerza indestructible. Dylan

IV

Querido nieto: Butler recurrió a la magia blanca y negra para que regreses. Elaboró un conjuro, leyó en voz alta pasajes del “Libro de los muertos” y del “Necronomicón”, pintó un retrato tuyo con el método paranoico-crítico, organizó una sesión de espiritismo y una danza bajo la lluvia. Hemos leído que las sirenas tienen medio cuerpo de ave y no de pez, como las representan los artistas modernos. Cuidate mucho, Dylan. P.D.: La abuela está atacada de migrañas.

V

Querido abuelito: Ayer divisamos un acantilado de altas rocas azules y nos aventuramos por una caverna que se labró en la piedra. Transitamos lentamente por aguas oscuras y refrenadas y entonces oímos el canto de las sirenas. Los marineros me pintaron el pelo de rojo y me izaron en un mástil en la proa. El barco quedó varado al chocar contra un islote de coral. Miré el agua y ví las burbujas que subían, los peces voladores, los hipocampos de venas de menta y unos ojos de color de trigo y la curva declive de una

cabellera en el centro del remolino. Se alzó. Era hermosa, desnuda. Su cuerpo brillante. Dió un salto inmenso y me liberó de mis ataduras. Caí al agua. En las profundidades había toda una banda de sirenas, algunas más pequeñas, subalternas divinidades, probablemente. Ondulaban y nadaban y sonreían. Me arrastraron en su torrente. En el fondo del mar pude ver como el sol salía y se ponía, como se alternaban la nieve y los huracanes. Llegamos a la ciudad. Reconocí los signos rúnicos en el pórtico y las arquitecturas de arborescencia luminosa, los grupos de madrèporas de piel de lágrima y las estrellas boreales que habían seguido un tranquilo curso para bañarse cerca del altar. En el altar me instalaron. Se destiñeron mis ojos. Los veleros surcaban los patios y todo este mundo emitía una música muy maravillosa y extraña. “Soy libre”, grité. Me proclamaron rey. Hubo una ruidosa fiesta, con ambrosía de ligustro y néctar de ámbar blanco. Los tiburones llevaban coronas de flores. Las manta-rayas-policías se habían ido a dormir. Genevieve, la más hermosa sirena de las profundidades, me besó y se acurrucó a mi lado y reclinó la cabeza sobre mi rodilla. Les pregunté por qué me habían elegido y ellas contestaron: “La más antigua de las profecías de los escualos hablaba del niño de pelo rojo del retrato envenenado. Rezaba el papiro que ese niño sería nuestro rey, pues su justicia haría que la paz reinara por siempre en el fondo del maelström”.

VI

El abuelo Pedro notó con desagrado que faltaba un billete de 5 en su cartera. Por lo que a él concernía, Dylan estaba en penitencia. El abuelo y Butler lo buscaron por todo el pueblo pero no pudieron encontrarlo. Un vecino les dijo que lo vieron subir al tejado de la iglesia. El abuelo Pedro y Butler subieron allí pero solo encontraron una revista de moda francesa, unos bizcochos mordisqueados y unos gatos sarnosos que se pusieron a maullar como locos.

UN SANTO DISTRAÍDO

Tom Verlaine trabajaba para un orden supremo, para un mosaico perfecto. Podía vérselo borracho por ahí, después de sus noches de insomnio, trazando mapas tautológicos del cielo, donde su cabeza tenía su lugar en las nubes. Angel caído, soñaba músicas lluviosas. En su elevación, quería llevarse a todos, sacarlos de sus camas, sus atonías, sus deberes. Era de los que trepan al árbol por una sola fruta apenas soñada, descolorida. Añoraba cada minuto vivido, se desesperaba con el tiempo y su implacable huida hacia arriba, dorso de piedra en la espalda del agua.

Sus amigos, cuando hablaban de él, lo hacían en voz baja, tal y como se refiere a los santos distraídos. Todos ellos eran pacientes cómicos, hijos de pan, seres fantásticos, de otro tiempo, caballeros del huracán, caballeros extravagantes. Tom Verlaine los contenía en su aurora. Hacían locas carreras, de las que poseían el secreto, alimentándose con el vino de la ruta y el doble peso del enigma.

Verlaine, no obstante, prefería la soledad. Esperaba la lenta descarga de las olas de la memoria con sus dulces recuerdos. Entonces agradecía a los demonios benevolentes que le habían concedido el perfume de la mujer, el obstinado sol de los días y las tinieblas. Este oleaje era la dicha secreta de Verlaine. Paz y armonía que sólo conocía en soledad. Con el solo concurso de la voluntad y un vaso de cerveza con miel podía situarse en estos estados que él denominaba: “situaciones extraordinarias” o bien “momentos privilegiados”. El arte de Verlaine era vivir. Pensaba que la poesía era una tarea penosa. El prefería que la poesía brotara naturalmente, en la conversación, que floreciera en los ojos y se transmitiera como una corriente de fuego blanco, haciendo vibrar cuerpos y almas al unísono del suyo.

En casa de Verlaine solo se hablaba de amor. Estando a su lado, siendo su amigo, amándolo, sólo era posible confesar los sentimientos puros, hablar desde las cavernas del ser, desde-

ñando las trivialidades, los lugares comunes de la comunicación humana, para abrir de par en par las puertas del alma y hablar a raudales, todo, desordenadamente, sin temor a caer en ridículo, pues Verlaine acogía bien todas las intimidades, la desnudez del espíritu. A través del vehículo de la espontaneidad todo era posible, ilimitado, conmovedor y lo era en virtud de la libertad que emanaba Verlaine, la soberana libertad de su ser.

Verlaine era, también, su propia leyenda. Era el reflejo de las fantasías personales de todos sus amigos, como los prismas de un caleidoscopio. Su magia era confusiva; se tenía la sensación de estar ante una presencia seráfica, inmaterial; se tenía la sensación de que Verlaine podría caminar sobre las aguas, sin gravedad, entrar al fuego y salir intacto. Hermoso y maldito. Verlaine era un tipo feliz, manso, mimoso, contemplativo y muy enamorado. Amaba para siempre a Ana Laura y Ana Laura lo amaba. Pero en los últimos tiempos su relación se había vuelto sórdida. Sus peleas eran terribles y los reproches habían llegado a extremos de mezquindad inaceptables. Verlaine decía: “Nos estamos degradando, nos volvemos mezquinos y yo me niego totalmente. No nos merecemos esto. Empecemos de nuevo, Ana, mi amor, te amo”. Ana amaba a Verlaine con desesperación y no podía resistir la idea de la separación. Pero, de hecho, ésta ya se había producido. Nuevas imágenes alimentaron los sueños de uno y otro, por separado. El tiempo ya se hacía cargo de ellos. Por más doloroso e inaceptable que esto pudiera ser Ana se alejó de Verlaine y se acuarteló en Malvín, en casa de una amiga.

A la semana siguiente, Verlaine recibió una carta de Ana Laura donde ella le decía que estaba embarazada y que pensaba tener a la criatura aunque Verlaine no participara de su dicha. Ana sabía que la convivencia con Verlaine sería imposible, pero lo amaba tanto que no podía pensar en un aborto. Amaba a su bebé. Un bebé que evocaría los hermosos veranos transcurridos en compañía.

Verlaine no podía reaccionar. Jamás había pensado en un hijo y las circunstancias que vivían eran las peores para tener uno. Estaba más pálido que de costumbre. Se movía como una presencia fantasmática, dudando hasta de sus menores movimientos. Puso su disco de R.E.M. preferido y se sentó a la mesa.

Escribió: Bebé, mi bebé: Nacerás en Montevideo, que es tres veces más grande que un cráter de la luna y tres veces más pequeña. Cuando el calor te guarde, viajarás por los perfumes, en campos de heno donde estar al sol y hamacarse y sentir fuerte la vida, a salvo del Coco, del Viejo de la Bolsa, del Diablo y de Dios. Busca tu color, como Van Gogh buscó desesperadamente su amarillo. Estará oculto; detrás de un largo camino de penurias y dulzuras. Amalo, será tu consuelo/ agua parpadeante/ gota del tiempo/ vestiduras de la luz. No dejes que nunca, nunca se apaguen tu hambre, tu sed. No dejes que te anochezcan. Sé un hombre.

Verlaine había ejecutado su primer poema. La hoja quedó marcada con sus lágrimas. Elevó los ojos al cielo e interrogó a las cosas verdaderamente magníficas que hay en el universo buscando descubrir los más imperceptibles movimientos de su corazón porque Verlaine trabajaba para un orden supremo, para un mosaico perfecto.

OLA DE URANIO GRIS

Jürgen amaba a Erika y no sabía como declarársele. Le había escrito poemas que llevaba en el bolsillo del saco, pero, al no poder dárselos y al no encontrarle utilidad a todo eso, había terminado por descartarlos en un tacho de basura. Uno de los poemas más bonitos hablaba de los broches de pelo de Erika. Empezaba tratando del tema de la necesidad funcional de los broches para pasar después a decir cómo los broches caerían a través de su pelo, hacia los hombros y por fin, cantar la risa gozosa de Erika y su lento

llanto. Le gustaba imaginarla como una dama antigua, con antifaz y pendientes. Le gustaba imaginarse que él mataría a un dragón por ella.

Jürgen enfrentaba diariamente el espejo. Guiñaba los ojos, sacaba la lengua, inventaba sonrisas misteriosas, buscaba gestos ocultos. Pero el espejo no respondía. Sólo le devolvía una imagen quieta: un muchacho, una cara,. Esto aumentaba los temores de Jürgen. Sólo su amor lo hacía sentirse real en los callejones lluviosos y en los campos de fuego del atardecer.

Erika lo perseguía en sueños. Erika saliendo del océano, Erika junto a un arbolito de navidad, Erika desnuda brillando en una hoguera donde ardían todos los cuadros del Louvre, Erika en 1955 departiendo con sus antepasados que tenían sombreros con pompones rojos.

Le gustaba imaginarla como agua parpadeante en la cúpula del cielo, flor boreal, estrella, mujer suya, sangre suya, beso, ramillete de lágrimas, ola de uranio gris, fuego en la estalactita central de la luna, cabellera del sol.

La veía, sentía su olor.

Al verla, le diría de casarse, de tener hijos y de morir juntos. Y si ella se negaba, Jürgen volvería a la semana siguiente y en navidad y en verano y cuando cayera la nieve de agosto, hasta tenerla a su lado. (Y ella se tendería junto a él, todas las noches, cuando el viento golpeará a la puerta y los ruidos de la calle empezaran a decaer y a dejarlos solos en la oscuridad, en una nueva penumbra donde los dedos, lentamente, empezaran a reconocer *la música de la piel*).

Llegó la primavera. El amor de Jürgen se transformó en ansia irreprímible.

Fue a la casa de Erika. La puerta estaba entreabierta y entró. No había nadie. Sobre la mesa había un diario que Erika llevaba. Leyó todo lo que pudo. Fue a la cocina y acarició una taza que tenía una mancha de rouge en el

borde. Abrió el ropero y acarició los vestidos de Erika. Miró las fotos del tocador y la de la mesita de luz. Se tiró en la cama, que estaba revuelta y todavía con el perfume de ella y fumó un cigarrillo. Se incorporó lentamente. El silencio era una reverberación, un zumbido. Salió, cerrando la puerta detrás de sí. Ya en la calle, buscó el espejo de una farmacia y se contempló. Se compuso el pelo, guiñó un ojo, ensayó sus sonrisas misteriosas. Pero el espejo permanecía mudo ante su presencia y devolvía una imagen estereotipada fija y distante.

A la semana siguiente le mandó una carta, pero, pocos días después, la carta le fue devuelta sin explicaciones. Intentó con el teléfono pero nadie respondía. “No pierdas la cabeza, Jürgen” se decía. Había entrado en la fase de las pesadillas. Erika se le aparecía como una presencia de fuerte realidad que casi ocupaba todo a su alrededor, como una fuente de luz de fulgor intolerable.

Un día salió a caminar, sin plan, sin rumbo. Al cabo de pocas cuadras ya no sabía donde se encontraba y, para recuperar la orientación, entró a una iglesia. Escuchó las letanías, miró los íconos y la gente que entraba y salía en silencio. Poco a poco, su nombre regresó a su mente y también su historia. Pudo ver todos los hechos de su vida a medida que caminaba por el ala lateral de la iglesia, siguiendo las imágenes de la vía crucis. Al llegar al final, ante la imagen de Cristo crucificado, se quedó sin aliento. Dio media vuelta y salió. Caminó más, más. Llegó al zoológico y entró. Le repugnaban el olor y los animales cautivos y tristes, casi caricaturas de lo que en realidad eran hermosas especies. Sólo quería ver algo antes de irse: las serpientes.

Se metió en una casita pensando en encontrarlas y comprobó con horror que se había metido en una galería de espejos. El lugar estaba vacío. Caminó lentamente, viendo su imagen deformada en espejos cóncavos. Imágenes ondulantes, grotescas. Sus brazos cayeron y su cabeza encontró

un sitio de tibieza junto a su pecho. Las lágrimas empezaron a caer en el suelo y a rodearlo, como estrellitas brillantes. Erika volaba en los espejos, hermosa, única. Jürgen tocó la superficie de uno. De su mano se desprendieron círculos concéntricos que hicieron ondular el rostro de Erika, como un guijarro en un lago. Erika, con tules, con vestidos de raso y de oro, estaba en todos los espejos. Cien veces más sombra que las sombras, fantasma enamorado, Jürgen atravesó los muros y las gentes y las cosas.

LA HISTORIA DE BOOMER

Boomer era un tipo singular. Las mujeres que lo conocían decían que era un abollado. Pero Boomer no era bien conocido de las mujeres y las mujeres no eran bien conocidas de Boomer. Era poseedor de un sentido del humor especial, que le permitía zafarse de las situaciones dramáticas y penosas de la vida. El humor era su orgasmo, su liberación. Había extraído un sentido a la vida, así como un alquimista destilaba un elixir y lo ponía a disposición de los demás hombres. Y ese sentido, esa tendencia cómica de la vida, lo había vuelto un loquito en su forma de actuar. Loquito era una de sus palabras recurrentes. Pero Boomer era un sensible y encantador, capaz de inesperadas ternuras, como cuando nos contó, que siendo un muchachito, gustaba de reclinar la cabeza sobre la barriga musculosa de su padre, quien lo acariciaba hasta que Boomer se dormía. ¿Por qué nos resultaba tan conmovedora esa historia de Boomer, que tenía una constitución atlética, y su padre, fuerte y alto, que le entibiaba la cabeza hasta que llegara el sueño? El era tan extraño, tantas cosas nos contó que eran reales y que nosotros atribuíamos a sus ganas de fantasear libremente y divertirnos con cuentos cómicos, historias de amor en tiempos de la guerra. Una vez, en el humo del vino, Boomer me preguntó si yo no había deseado alguna vez tener un doble, alguien que me repitiera. Le

dije que me bastaba con un solo Julio, que no podría sopor-
tar mis defectos si los viera en otro. No se me había ocurri-
do pensar, hasta ahora, que, como Boomer y yo nos amába-
mos tanto, hubiéramos querido ser el doble del otro, para
ya no tener que reprocharnos ni preguntarnos nada.

La fantasía oculta de Boomer era volar hasta aquellas
lejanas nubes oscuras y caer en el viento, con un alarido
desafiante y clavarse como una flecha en la tierra. Nunca
tenía dinero, para eso estábamos nosotros. Y, como él tenía
algo especial, siempre obtenía de nosotros lo que deseaba.
Para mí era un placer verlo satisfecho. No existía otra per-
sona que brillara con esa luz.

Boomer estaba en Portugal, desde hacía dos años. Ha-
bía renovado su visa repetidas veces, cada vez con más difi-
cultad. La policía lo buscaba. Estaba enamorado de Rosana
una española que se ganaba la vida cantando en un pub.
Nos reímos una semana entera con una foto que nos mandó
Boomer: aparecía disfrazado de verdugo con una botella de
whiski con miel abrazando a su compañera. En la carta que
adjuntó decía que los rasgos de Rosana nunca eran defini-
tivos, que siempre estaban sujetos a sorprendentes varia-
ciones por el placer, la cólera y el asombro. Se querían
mucho. Como Boomer tenía que dormir todas las noches
en una iglesia distinta para burlar a la policía, él y Rosana
se veían furtivamente en un apartamentito de Lisboa.
Hacían el amor, leían a Marosa, escuchaban a R.E.M. y
daban paseos por el puerto. Veían los grandes barcos que
zarpaban y volvían, la gente que, con sus valijas cargadas
de esperanza, llenaba los muelles y detenía sus ojos en el
agua tranquila, espejo que solo surcaban las gaviotas.
Boomer decía, en sus cartas, que a pesar de no poder esta-
blecerse en ninguna parte, con Rosana, nunca había sido
tan feliz en su vida, nunca había estado más tranquilo ni
más enamorado. Seguía sin dinero porque dedicaba todo
su tiempo a la poesía y al cine independiente. Estaba vin-
culado con un grupo de artistas que vivían en comunidad y
producían arte sin intenciones de vivir de él, sino sólo como

reflejo del misterio de la vida. “Todo lo que vemos emana del misterio, es un pedazo del misterio. Así el arte. Todos los árboles que caminan bajo la lluvia, todas las miradas, el vino de las piedras y el fuego blanco de las mariposas. Todo regresa al misterio que lo engendró”. En sus cartas, hablaba de la armonía, de la belleza, de la paz, de la pasión. Intercalaba, de tanto en tanto, discursos delirantes, chistes y frases incomprensibles. Añorábamos su manera, lo extrañábamos. Reunimos algún dinero y nos fuimos a Lisboa. Queríamos sacarlo de la clandestinidad. Quizás podríamos huir a Grecia e iniciar una nueva vida. Marcelo y yo lo buscamos por todas partes pero no pudimos dar con él. Al fin, dimos con Rosana. Tenía los ojos rojos de tanto llorar. Boomer había sido asesinado por la policía, al resistirse a la detención. En ese momento recordé el poema que le había dado a Boomer cuando salió de Montevideo: «Libertad» de Paul Eluard. Se había puesto las hojas sobre el pecho, debajo de la camisa, junto al corazón.

Al día siguiente vimos su cadáver en la morgue. Tenía una expresión tranquila, de invencible belleza, casi la beatitud de un santo. Introduje el dedo en el orificio de bala que tenía en la axila. Nadie habló.

Nos pidieron que abandonáramos el lugar porque iba a ser iniciada la autopsia. Era terrible ver a Boomer sometido a las prácticas de rutina del forense, un hombre que no podría conocer el alma de Boomer, sino tan sólo, el grado de rigidez de su cuerpo, el trayecto interno de la bala, las diversas hipótesis sobre esa muerte. Con nuestro último dinero publicamos las poesías y los dibujos de Boomer.

Varios años después, todavía lo recuerdo. Hay un tranquilo rincón en el Cementerio Central, que gusté siempre de imaginar como su sepultura. Hoy he ido a visitarlo y le dije:

Sé que has muerto, que descansas y también sé que truenas en el cielo. Hasta siempre. Julio

HANNAH

Hannah tenía el pelo negro y ondulado y aquella noche lo llevaba abrochado con alfileres largos y dorados. Me preguntó si de verdad yo había estado mirándola toda la velada y le respondí que sí, que claro. Tenía ensayo con la filarmónica pero pensaba faltar porque había tomado demasiado bourbon. Abrió su monedero y me preparé para ver aquel espectáculo que me encantaba: sus dedos finos se pusieron a hurgar entre los billetes y los papeles. Era un baile lento. El baile lento de sus dedos. Y nunca tenía apuro. Yo encontré una ficha en el bolsillo de mi saco y la deposité sobre la mesa pero ella no me hizo caso. Siguió buscando no se sabía qué. Yo la amaba y supongo que también ella se amaba en ese momento /

Supongo que después de llamar a Clarise se metió en el baño y se lavó la cara y se puso base y esnifó cocaína y allí parada frente al espejo tuvo un hermoso sueño con los ojos abiertos /

La llevé por una avenida con luces resplandecientes gente resplandeciente y la música y los perfumes nos envolvieron toda la piel y desde la punta de mis dedos ella pendía como una flor sin gravedad y su vestido temblaba y luego ella sonrió y yo dije algo y sonreí y más tarde nos miramos profundo a los ojos y sonreímos /

(todo lo dije con pasión porque el tema era la pasión)

Fuimos a la playa. Bajamos lentamente las escaleras. Mordí mis labios con mis labios para sentir por última vez el sabor de mi boca antes de conocer el gusto de Hannah. Las gaviotas habían hecho una ronda sobre la resaca que había acarreado el mar y dormían. ¿Una playa en el centro de Nueva York? ¿Sí, y qué? Había un globo aerostático tam-

bién. Alcé a Hannah y la deposité en la canasta. Hice una corona con el papel de los bombones y se la coloqué, ladeada un poco sobre la sien. Hannah dijo casi cantando que ella era hija de las estrellas y echó una larga, larga mirada al espacio. Sentí como el amor me llenaba el pecho y como electrificaba mis manos y alcé las manos y fui buscando el calor recóndito de su nuca. Tenía que darle mi amor. Hannah también lo pensaba. Entonces cerramos los ojos y nos hamacamos y jugamos a que era difícil encontrarnos /

Besaba despacio y no sólo besaba. Me dijo de quedarnos. Dije Hannah y volví a besarla. Nos quedamos. La luna asomó en el cielo y voló a través del cielo y desapareció. Ví una lágrima temblando en sus ojos. Cerré los ojos. Los abrí. Esperaba que la nueva visión de Hannah sería muy buena. Ya estaba su sonrisa otra vez, pero la lágrima seguía allí /

Es difícil encontrar un hotel en esta parte de la ciudad. Mi problema no son las cucarachas. Armado con una escoba y con un trapo puedo terminar con ellas en poco rato. Lo que no soporto son las chinches. Una noche me cayó una en el brazo y tuve una reacción cutánea. La piel se me puso roja y me picaba. Creo que ya va a amanecer. Voy a ver todo en la mugre de esta ventana. Todo amarillo.

He estado tomando demasiado últimamente.
Preparé un café y escribí todo esto que leíste.
No sé si es una historia de amor amargo.
Ni siquiera sé si aquello era una lágrima.
¿Hannah?
Una flor abierta /

Hannah:

Yo amaba a aquel amigo y nos creíamos filósofos y nos escapábamos de las clases de fisiopatología para tomar mate con grappa y leer a musil pero había un pequeño detalle negativo: cuando salíamos a caminar sonaba una

orquesta a pleno (estábamos llenos de orquestas) una música declinante como un sol negro y yo le decía siempre a él: “cuando vamos, suena la balada de los derrotados” y él se reía.

Sólo quería decirte una cosa, no quiero molestarte con cosas de mi pasado, sólo quería decirte que aquel día que íbamos por Millán, ¿te acordás? vos y yo, sueltos, mirando hacia adelante, sonaba una canción de los redondos, empezó en mi cabeza, la música primero, las palabras después, y la sangre se me inundó de toda esa sensación y el jardín se estremeció (te digo del jardín del corazón o del esqueleto, no sé bien donde está) y el cielo se hizo más profundo en tus ojos.

julio /

Conocí a Hannah en una fiesta de estudiantes de humanidades. Lo primero que sentí fue aquel delicioso olor a pachulí a pasto o a terrón y a cartón mojado. Enseguida se lo atribuí a ella. Llevaba un vestido negro de cuello alto y estaba acompañada. La miré fumar el porro. Lo hacía de la manera que a mí me gustaba. Me acordé que todavía tenía puesto el gabán y la bufanda y fuí hasta el cuarto a dejarlos. Estaba contentísimo de volver hasta donde estaba ella, aunque me sentara lejos, aunque no me decidiera del todo a mirarla, aunque estuviera con otro tipo. Le dí una patada en el culo amistosa a Vivián. Ella me dio un mate. Entonces se levantó Hannah y me pareció que aquel olor exquisito se expandía y reverberaba. Ella y su olor. Pero al irse el olor permaneció. Pensé que quizás ahí había otra mujer hermosa, dueña de aquel olor. Pero era imposible/

Cuando llegué a casa estaba inquieto y paranoico. Encontré la botella de whisky y la vacié de un solo trago. Me calzé las botas y salí a marchar.

Es fundamental tener un buen calzado. Eso te da poder. Los pies son el punto de contacto con la tierra y no

queda otra que pisar con firmeza. Además de bonitos tus zapatos tienen que ser cómodos y marchosos. Nunca se sabe si un día te va a tocar tener que patear 10 kilómetros por quién sabe que andurriales, con barro y viento en contra.

En Isla de Flores había tambores y decidí mezclarme. Todos iban atrás, bailando, emborrachándose, mirando, abrazándose. Los pibes que tocaban eran conocidos del barrio. Estaba F., un moreno que fue a la escuela conmigo. Estaban M., Paolo y los demás. Cuando tocan están en trance y todo se estremece. Yo no podía parar de sonreír. Fue un gran momento.

Aparecieron Gualberto, Tamara y el Pelado. Al llegar a Minas nos cruzamos con una batucada. Venían rápido y siguieron. Algunos se pasaron de la batucada al candombe. ¿Y Hannah? ¿Aparecería por esa esquina, con el vestido blanco flotando detrás de ella, blancura en la blancura? Sí, adivinaste. Allí estaba. Alaridos llegaban a través de la calle, un hombre herido en un charco que subía al cielo y campanadas, campanadas, campanadas...

Julio:

Andá a buscarme hoy al ensayo a las diez. Me voy a poner las medias blancas así que no vas a tener problema. Y voy a estar con muchas ganas. No seas bobo y sacáte esos lentes que te quedan horribles. Llévame poesía. Chiquito cada vez que miro el cielo lloro por vos. Te ama y te besa

Hannah

Porque era linda, porque era misteriosa, Hannah me gustaba cada día más. Yo nunca sabía cómo iba a reaccionar ella. Le hice una propuesta y aceptó. Terminamos en un colchón, besándonos y acariciándonos. Se había afeitado el vello pubiano y estaba mejor que nunca. Fue nuestra luna de miel. Recliné la cabeza sobre sus muslos y estuve escuchando el rumor del mar, igual que cuando te acercás un caracol al oído. Me pidió que dejara la botella y que le dijera algo lindo. Y le dije:

—Amáme a muerte, preciosa / y sé siempre realista /

Desde que conocí a Hannah empecé a ver fenómenos humanos por todas partes. Labios leporinos, enanos, turri-cefalías. Todas las señales que percibía eran como neón en el desierto. Era el punto de partida de un padecimiento que removía fibras mías íntimas y oscuras. Yo llevaba la cabeza llena de magia suya pero mis nuevas percepciones me hacían sentir retorcido, infeliz. Mis meninges se tensaban en los sueños de la noche, eran planicies de vidrio quebradizo, como océanos donde caía una lluvia de estrellas: una sensación de quemadura química en el sistema nervioso. Y al despertar Hannah no estaba a mi lado...

Ya no podía esperar para ver la luz.

Ya no podía esperar para ver a Hannah.

Y se abrieron los arbustos del parque y cayeron las estatuas y rodaron y el pie de Hannah, volando, fue anunciado en el estanque por una flor eléctrica fluida /

Duraznos en almíbar con frutillas con crema doble y champán con almendras uvas miel fotos tuyas y olor de tu vientre chocolate con cerezas y nueces / damascos llenos de rubíes & paltas con salsa golf-coca cola, caballitos de madera, esmeraldas suspendidas en aceite de máquina
la sombra de tu sonrisa)

nada importa, tus manos están vivas y mi poesía se muere despacio /.

Me dió un sopapo y se fue. Llevaba una pollera corta, zapatos de taco y una carterita marrón. Me parece que todavía la veo yéndose apurada por esas callecitas estrechas del puerto a tomar el ómnibus a Colón y Sarandí. Destruí los poemas que le había llevado y que no alcancé a darle y me metí en un bar, en cualquier bar. Pedí el whisky y le volqué toda la papela adentro y me lo tomé. Había un arpón todo oxidado colgando de la pared, justo encima mío. Esa porquería se va a caer y me va a romper la cabeza y es

lo mejor que puede pasarme. Ahí mismo me dí cuenta que soy un poeta mediocre y plagiador, un hijo de puta y un imbécil. Quería darle una paliza a un tipo de barba sólo porque me miraba. Yo, en realidad, estaba mal, siempre había estado mal, vivía mal, me sentía mal. Lo único que tenía en la vida eran fucking libritos de poemas y mierda, mierda, mierda. En fin, calma, calma. Busqué la plata y me levanté a pagar. Afuera brillaba el sol. La vida era hermosa otra vez y, lo más importante de todo, yo era hermoso. Encaré hacia la barra. El gato, un gato sedoso y blanquito, se me acercó ronroneando a refregarse contra mi pierna. Le dí una tremebunda patada y lo hice volar contra los vidrios y después me abalancé sobre el tipo de barba tirando piñas y patadas sin fin /

julio inverso, 15 de octubre de 1993/.

BRIGHTON ROCK

introducción:

£/ . Para evitar que se les cayeran las cosas, los pulpos de antimonio abolieron todas las leyes del movimiento y de la caída libre de los cuerpos. Lo último en caer fue una botella de whisky barato de Kentucky.

Para tener siempre alguien con quien conversar, abolieron la ley de la soledad cósmica.

Para evitar las venganzas, abolieron la Ley del Talión. Al día siguiente de registrado este hecho un pulpo de antimonio se encontró con otro y le dijo:

—Qué ojos bellísimos. ¿Me dás uno?

—Sí, pero vos dáme un diente

- Sí, tomá
- Muchas Gracias
- Hasta Luego/.

Descripción de una velada

Los Pulpos de Antimonio son Bellos Cristos con Chalecos de Jazzista, vistos de frente.

Los Pulpos de Antimonio son Bailarinas con Barbas de Profeta y Calzado de Oro de Hampton-Court (vistos de perfil)

Acostados, simulan la persistencia de las ondas del mar, de pie dan inauditos y azules y afilados alaridos de escobas aladas, entrecruzando los dientes a la altura de las catástrofes atmosféricas /

Hacen uso de escaleras, hisopos, tijeras, baúles (en los que se meten de a dos, de a tres, de a cuatro)

£/. Los Pulpos de Antimonio No Existen
 Los Pulpos de Antimonio Son Idiotas
 Los Pulpos de Antimonio Han Muerto
 Los Pulpos de Antimonio No Toman Mate En Camiseta
 Vivan Los Pulpos de Antimonio
 Todo Verdadero Pulpo De Antimonio Está Contra Los Pulpos de Antimonio
 Abajo Los Pulpos de Antimonio, que
 ... aúllan, aúllan, aúllan, aúllan, aúllan,
 Un pulpo de antimonio le temía sobremanera a los truenos y fue a visitar al médico Dr / R.R.Termóphillas.
 —Adelante (dijo una voz)(la del doctor)
 —Ya (dijo otra voz) (la del pulpo de antimonio)
 —Qué deseas (dijo el doctor Termóphillas buscando un puerro en la bolsa de las verduras)
 —Temo mucho a los truenos, doctor

—No se preocupe (dijo el doctor rascándose la barbi-
lla). Yo también les temo. Los truenos son horribles. Cris-
pan los nervios, ponen en tensión las meninges y hacen
gorgotear la sangre y el líquido cefalorraquídeo. Mire, va-
mos a hacer una cosa, esta noche está anunciado una tor-
menta, por qué no se viene a mi casa con el mate y conver-
samos hasta que pase todo.

—Bueno, doctor, nos vemos esta noche

—Adiós simpático

&.

La única literatura que consumen los pulpos de anti-
monio son los libros confeccionados por los Escritas Rea-
les que narran los sueños de los mismísimos Pulpos de
Antimonio.

Hay grandes títulos:

LA GALA DE LOS SOBREVIVIENTES

LEOPARDOS DE LAS NIEVES

LA MEZQUITA DE LA PUERTA DORADA

CRISTO CON ANTEOJOS DE SOL Y ABEDULES

Todas las mañanas, mientras duran los pantagruélicos
desayunos, los escritas toman nota de los divagues que
comentan los pulpos de antimonio entre risas y reconstru-
yen inmensas sagas y fábulas mezclando varios sueños di-
ferentes y engrandeciendo los finales hasta cumbres de
heroísmo que son del agrado de los pulpos de antimonio.
Todo el material es posteriormente pasado a microfilms
que se embalan con plástico negro y se depositan en el
altar de las madreporas.

los pulpos de antimonio quisieron aprender el infinito
y el azúcar

&/ Carla y Anabella eran dos bellas bailarinas que bai-
laban sobre los autos, encantaban a la gente y vivían de las
propinas tan sólo. Sus ojos eran aún más oscuros que las

lentejas de Egipto, sus talles más finos y encantadores que los de las avispas doradas de los campanarios de Birmingham y sus cabellos aún más finos que las algas de las profundidades árticas del Orco. Se dice que una bruja de cara azul las convirtió en sirenas y que anduvieron nadando por mucho tiempo hasta dar con los pulpos de antimonio. Con su encanto y carisma lograron formar una comunidad autogestionaria en la que vivieron durante cinco meses. Al regresar, desvanecido el hechizo, comentaron que:

“Los pulpos de antimonio son de caramelo fino y sus viviendas son como panales de abejas y sus postes telegráficos son como flores de sémola de napalm y el aire de su mundo vibra como membranas de dos espesores de múltiples lagartos y de estupefacientes y los semáforos están bizcos”:

Por supuesto, nadie les creyó.

ILUSIONISTA EN EL DESIERTO

He esperado mucho tiempo para hablar. Y, ahora, ha llegado el momento de que yo hable y ustedes escuchen:

“Soy Karl Shapiro, tengo 24 años. Cuando tenía 6 creía que era Dios, un Dios que tendría que pasar por diversos aspectos risibles hasta encontrar su esencia y transformar, en virtud de su fuerza, la vida y el amor. Desde entonces no ha variado el signo de mi destino ni se ha pervertido mi aura. Soy gigante y me muevo como un gigante: mis piernas vuelan de una cumbre a otra y esas cumbres están hechas de grandes pensamientos, de grandes momentos e iluminaciones. Soy un inventor que ha desafiado el misterio de la música y lo ha superado. Los círculos de mi órbita se hacen elípticos cada vez: planeta perdido en busca de una galaxia sumergida en el mar. Todo cuanto diga será duro, sobrenatural. Ustedes pensarán en aullidos lastime-

ros de fieras atrapadas, en voces de alienados, de orates, en las palabras del asesino, en la melopea oriental que entonan las doncellas durante las jornadas del sacrificio. Los niños hacen corro en torno a mí y, con sus manos sostienen mi toga. Les hago el relato de mi alma en las nubes, desafiando a las brumas danzantes y ellos me escuchan como antaño se escuchaba a los patriarcas, a los profetas emigrados de los círculos infernales, con la misma concentrada atención con que los muchachos oían las fantásticas historias de los buscadores de oro. Siempre recordaré con una sonrisa cuando, una vez, en el alto verano de Querétaro, desafié a las tinieblas con una pequeña luz que disertaba en el viento. Invoqué al amor y el amor iluminó todo aquel verano.

No soy un científico. Desconfío de la genialidad. Creo en el esfuerzo humano. Esperé 24 años en mi torre, prolongando quizás demasiado mi estudio, mientras en las altas ventanas ojivales los osos lamían la luna. Dormí sobre los esqueletos de la guarnición, en los que el moho había dibujado flores ponzoñosas y triclinios y doseles y ángeles. Soñé con Ariadna, la bella egipcia que una vez salvó mi vida, en el desierto, dándome un sorbo de agua; soñé que el fuego devoraba el universo y que todos andábamos por inéditos universos-átomos en llamas, infinitos universos que nos contenían, como cápsulas, a cada uno, hombres-cebollas, con diamantes en el corazón, hombres-estrellas de la edad de oro.

Deambulé por los cráteres quemados donde sólo habitaba el miedo, ansioso por dar con la clave, con el signo y la fórmula. No puedo dedicarme sino a huír, huír también de mí mismo. Estoy maldito. Pacté en secreto con los cometas, con los pájaros migratorios, con el tiempo, con la luz. Y los cometas, los pájaros, el tiempo y la luz siguen todavía iluminando la desdicha de los hombres, la vida mezquina, los pequeños y miserables incidentes de la vida conyugal. Yo quería un amor indestructible, una bandera calcinada para enarbolarla contra los falsos semblantes, los egoístas, los malvados. Soy el hombre traicionado por el universo, por vuestro falso y maldito universo”.

INDICE

Apuntes del editor

Más lecciones para leer a Julio Inverso / 5

FALSAS CRIATURAS / 11

Ogros	13
El sueño	15
La celda	15
Marat	16
La máquina de dibujar	17
El circo	18
Una noche de bodas	18
El viento	20
Atributos de la noche	20
Discurso del pirata M.	21
Escenas de la vida del ejército	22
Otras escenas de la vida del ejército	23
Sonata para fagot y piano	23
Matando perros	25
Poema	26
Fiesta en el jardín	27
Una isla	28
El sepulturero Ramírez	29
Espíritus	30
Los ahogados	31
Noche	32
La cumbre	33
Bodas	34
Cabo Polonio	35
Zapatos	36
Cuando mi hermana era una mariposa	37
El oasis	38
A través de la lluvia	39
Gran conflagración en la casa	40
Conquista de los ojos	40
Las nubes invitadas	41
El teatro	42
Manecillas del reloj y peces del musgo	44
Jugando sola	45
Barro Llaves Bujías	46

<i>Los fantasmas</i>	47
<i>El cielo</i>	48

DIARIO DE UN AGONIZANTE / 49

<i>I</i>	51
<i>II</i>	51
<i>III</i>	52
<i>IV</i>	52
<i>V</i>	53
<i>VI</i>	54
<i>VII</i>	54
<i>VII</i>	54
<i>IX</i>	55
<i>X</i>	56
<i>XI</i>	56
<i>XII</i>	56
<i>XIII</i>	57
<i>XIV</i>	57
<i>XV</i>	58
<i>XVI</i>	58
<i>XVII</i>	59
<i>XVIII</i>	59
<i>XIX</i>	60
<i>XX</i>	60
<i>XXI</i>	60
<i>XXII</i>	61
<i>XXIII</i>	61
<i>XXIV</i>	61
<i>XXV</i>	62
<i>XXVI</i>	62
<i>XXVII</i>	63
<i>XXVIII</i>	63

XXIX	63
XXX	64
XXXI	64
XXXII	65
XXXIII	66
XXXIV	68

VIDAS SUNTUOSAS / 71

<i>Juan Morgan, poeta</i>	73
<i>La Gioconda</i>	81
<i>Dylan y las sirenas</i>	83
<i>Un santo distraído</i>	86
<i>Ola de uranio gris</i>	89
<i>La historia de Boomer</i>	91
<i>Hannah</i>	94
<i>Brighton Rock</i>	100
<i>Ilusionista en el desierto</i>	103

Vintén Editor

Obras publicadas

- ALMANAQUE 1997. Montevideo antiguo y su gente en imágenes.
- ANTOLOGIA DEL RETRETE. (graffiti de los baños de mujeres).
Andrea Blanqué.
- ARIADNA EN SU LABERINTO. Tres cuentos para estudiantes. E.
Anderson Imbert.
- BIENVENIDA A LA MAQUINA. Fernando Agorrody.
- COMO TEMBLOR DEL AIRE. La poesía de J. Gelman: ensayos
críticos. Benedetti, Vilariño, Achugar, Uribe.
- CONTRA CUALQUIER MURO (los graffiti de la transición).
Eduardo Roland.
- CHINA Y EL COLAPSO MUNDIAL DEL LENINISMO. Sarandy
Cabrera.
- CLINICA EDUCACIONAL. Reflexiones desde la interdisciplinarie-
dad. M. Garbarino, H. Santini y otros.
- ¿CULTURA URUGUAYA O CULTURAS LINYERAS? Abril Trigo.
- DE LA CREATIVIDAD Y EL NEO-KITSCH. Pere Salabert (Ensayo
sobre Estética).
- DELMIRA AGUSTINI. Nuevas penetraciones críticas. Uruguay
Cortazzo, Coodinador. A. Cáceres, P. Varas, A. Gil, S. Molloy, G.
Renart, G. Kirpatrick.
- DEMOCRACIA Y ECOLOGIA. La política de la gestión ambiental. E.
Gudynas, H. Gatto, A. Santandreu y otros.
- DERECHOS HUMANOS Y DICTADURA TERRISTA. Rodolfo Porrini.
- DROGAS. Clínica y psicopatología del uso indebido de sustancias
psicoactivas. Juan Triaca y Artigas Pouy.
- ECOLOGIA, MERCADO Y DESARROLLO: Políticas ambientales,
libre mercado y alternativas. Eduardo Gudynas.
- EN NOMBRE DEL SEXO MASCULINO. O. Freire.
- EL ARQUITECTO. Pedro Figari. Poesía. Reproducción facsimilar de
la edición de 1928, París. Contiene 360 viñetas del autor,
especialmente preparadas para la edición original.
- EL PALACIO DE LA RISA. Germán Marín. (Novela).
- EL RECETARIO DE LA MEMORIA. Sebastián Elcano. (H. García
Robles, segunda edición).
- EL COMPLEJO DE PROSPERO. F. Arocena y E. de León.
(J.G. Merquior, R. M. Morse, S. Schwartzman, L. W. Vianna).
- EL DUELO. Duilio Luraschi. Cuentos.
- FIERA DE AMOR. La otra muerte de Delmira Agustini. Guillermo
Giucci.
- HISTORIA DE LA IZQUIERDA URUGUAYA (1919-1923) Tomo III.
Fernando López D'Alessandro.

- LA LUZ ES UN ABISMO. Olga Orozco.
- LA MODERNIDAD Y SU DESENCANTO. Felipe Arocena.
- LA REVOLUCION ESTAFADA. (P.C.U. y aparato armado), Sergio Márquez.
- LA SEÑORITA BUSCATESOROS. (historieta bilingüe). Beatrice Serna.
- LAS TRANSNACIONALES Y EL CAPITALISMO URUGUAYO. Gustavo Arce y Daniel Olesker.
- LOS INFIERNOS DE LA LIBERTAD. Daniel Iribarne. (Novela).
- NAUFRAGIOS CELEBRES. Antonio D. Lussich. (2ª edición).
- SOLOS EN LA FUENTE Y OTROS CUENTOS. Leonardo Rossiello.
- VERTIGO. (Cuentos) Duilio Luraschi.

Cuadernos Didácticos

- ALGODON, MAIZ Y OLIVO. Varenka Eloy y otros. Actividades para la coordinación de Historia y Geografía 1º C. B.
- JUGANDO A LEER. Susana Agras y Josefina Barreira. Recomendado por la Inspección de Compensación (Area I) E. S.
- EL REINO DESCONOCIDO. Elementos de Mineralogía. Ruben Elías.

Poesía

- ACERCA DE LA LIBERTAD. Ingemar Moberg.
- ARCILLA PROHIBIDA. Alvaro Angel Malmierca.
- ANTOLOGIA POETICA. Juan Gelman.
- CUERPOS EN POSE. Roberto Appratto.
- "CORAZON DE ROBLE: Teresa Amy.
- DEL INSURRECTO. Sarandy Cabrera.
- DIARIO DE LOS ULTIMOS DIAS DEL ARCHIPIELAGO. Sergio Altesor.
- DESPRENDIMIENTOS. Sabela de Tezanos.
- DONDE VUELA EL CAMALEON. Ida Vitale
- EN LOS ABEDULES ESTA LA LUZ. Jan Erik Vold.
- ELEGIAS COMPLETAS. John Donne (trad. Sarandy Cabrera).
- ¿ESTARA NOMAS CARGADA DE FUTURO? C. Liscano.
- FALSAS CRIATURAS. Julio Inverso.
- GUETO. Roberto Mascaró.
- HOMENAJES. Enrique Fierro.
- LA SAVIA DUDA. Enrique Fierro.
- MINIMA NATURAL DISTANCIA. Alberto Villanueva.
- NOMENCLATURA Y APOLOGIA DE LA CONCHA. Pancho Cabrera.
- 8 ANTOLOGIAS PERSONALES. Poesía uruguaya en Suecia.
- POEMAS SENTIMENTALES. Carlos Brandy .
- PAPELES DE VOLUSIO. Sarandy Cabrera
- POEMAS SIN TERMINAR. Göran Sonnevi.
- POESIA LIBERTINA. Pancho Cabrera.
- PUTA CICUTA e Intifada. Sarandy Cabrera.
- QUIERO VER UNA VACA. Enrique Fierro.

- QUIMERINOS. Sarandy Cabrera.
- SAGITRA ¿Quién ama a los niños pobres de Montevideo? Sinan Raug.
- SONETOS LUJURIOSOS Y PASQUINES DEL ARETINO. (Trad. de Sarandy Cabrera).
- SOBRE FUGAS Y PERMANENCIAS. Iris Sclavo Armán
- TEOREMA. Carlos E. Brandi.

Ediciones de Juan Darién

- ANGEL DE MEDIANOCHE. Miniversiones y otros dioses menores. J. Dardo Villaverde.
- ¿EL FIN DE LA HISTORIA? Francis Fukuyama.
- EL FIN DE LA TONTERIA. Miguel B. Alzamora.
- EVANGELIZACION Y CONQUISTA. Julio de Santa Ana.
- LA CONQUISTA DE LO MARAVILLOSO: EL NUEVO MUNDO. Guillermo Giucci.
- DESPUES DE LA POLITICA. Ricardo Viscardi.
- ORO de la conquista versus DOLARES de la deuda externa. S. Cabrera.
- URUGUAY: ¿PAIS EN TRANSICION? Michel Boulet.
- 5 RELATOS ESCOLARES. Concurso de relatos escolares de 6º año B de la Escuela N° 80, Brig. Gral. Juan Antonio Lavalleja.

Poesía

- ABREME LA PUERTA. Sergio Cassarino.
- SOLEDAD BLANCA. Sergio Cassarino.
- LA VIDA ES UN PENTAGRAMA DE OBSCENIDADES. A. Z. Armstrong.
- LOS ROSTROS DEL AGUA. Eduardo Insua.

Minilibros de Vintén

- CENIZAS DE SUEÑOS. Iris Sclavo Armán. Novela.
- DE LA RALEA DE LA VOZ. Alberto Villanueva. Poesía.
- EL INVIERNO DEL ANGEL. Carlos Brandy. Poesía.
- LA MEDICINA ALTERNATIVA. Aspectos éticos y jurídicos. James F. Drane.
- EL PEON DE LA ESTANCIA SAN SEBASTIAN. Alberto "Beto" Cia. Poesía.
- PALABRA ANTIGUA. Richard Piñeyro. Poesía.
- EN CUANTO LLEGUE A PARIS. Eduardo de Souza. Poesía.
- LIMERICK. El epigrama inglés.
- FIN DEL CAPITULO RUSO. Cuentos. Antonio Alvarez Gil.
- CITAS DE ARTIGAS. Selección y notas de Alfonso Fernández Cabrelli. 2ª. Edición.
- HIROSHIMA. Elías Uriarte. Poesía.
- RETRATOS DEL MERODEADOR y otros poemas. Teresa Amy.
- EL SILENCIO Y LA LUZ. José Da Cruz. Poesía. De próxima aparición.
- MAS LECCIONES PARA CAMINAR POR LONDRES. Julio Inverso. 110 Poesía.
- LA LUZ DE ESTA MEMORIA. Ida Vitale. Poesía. Edición Facsimilar 50º aniversario.

- VELOZ E INMEDIATA. Biblioteca Electrónica de Vintén Editor
- SELECCION NATURAL. Enrique Fierro. Poesía.

